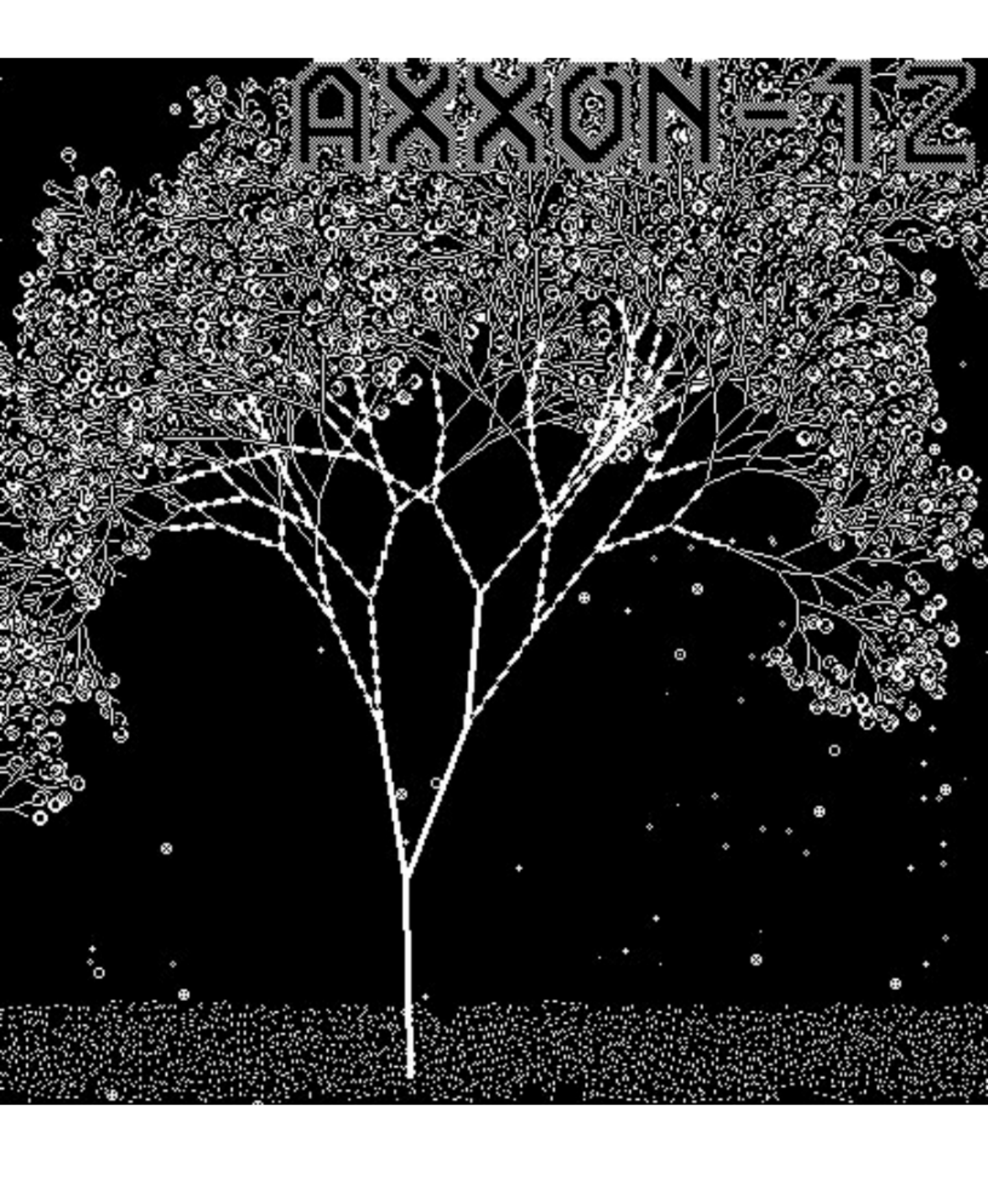
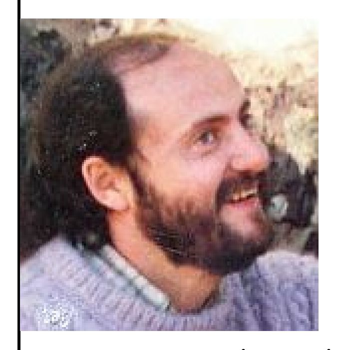

AXXON-12

Axxón 12, septiembre de 1990

Editorial - Axxón 12

Un año de axxones



Hace un año nacía Axxón. En ese momento los locos que poníamos en marcha la cosa éramos dos, Fernando Bonsembiante y yo (Carletti). Ya para el día de la presentación del número cero teníamos dos colaboradores, Carlos Chiarelli y Fernando Juliá, el primero entusiasmado por mí —e inmediatamente enrolado-durante los almuerzos de los días de trabajo, y el segundo por decreto, ya que luego de compartir tanto divague en bares, cines y restaurantes con el mencionado sujeto nosotros (me refiero a los fundadores) no podíamos dejarlo afuera de ninguna manera. Carlos cumple tantas tareas dentro de la revista que la mejor forma de definirlo es decir que es el comodín del grupo (y no porque sea cómodo), en el que recaen trámites, trabajos de tipeo, mandados, fletes, generación y manejo de la base de datos y varias más que sería demasiado largo enumerar. Juliá está a cargo de la columna de "chismes", de modo que cumple la función de periodista, cosa que lleva tan bien como se refleja en la sección "Disquisiciones Inocuas", a su cargo. La quinta adquisición fue espectacular. Por la forma y por los resultados. Rodolfo Contín se enteró de que existíamos gracias a una ráfaga que levantó las hojas de una Fierro que dormitaba en un quiosco de los alrededores de Buenos Aires, en la cual había salido una notita sobre Axxón, adornada con un fragmento de la imagen de un fractal. Rodolfo se volvió loco de inmediato (aunque hay testigos que aseguran que ya lo estaba desde hacía mucho, pero mucho tiempo) y nos mandó una carta de 2048 kilogramos que contenía una parte infinitésima de su producción increíble. A partir de ahí nos apabulla con gráficos cada vez más espectaculares, hasta el punto que dudamos de seguir recibiéndolos, ante la sospecha de que nos hipnotiza cada vez más para, finalmente, lograr quién sabe

qué logro. La cuestión es que Axxón fue “continizado”, es decir, se llenó de imaginación, ya que Rodolfo no sólo proveyó las tapas sino también todo tipo de inextricables algoritmos de borrado o intercambio de pantallas, la idea de la banderita (que adoramos), una cantidad de frases de las cuales ha perdurado “Axxón llega hasta donde usted la lleve”, y un nuevo vocabulario para definir todo lo relacionado con el medio que ahora tienen ustedes ante sus ojos: bitlo por libro, bitloteca por biblioteca y así sucesivamente (muy pronto publicaremos un glosario completo). Y por fin, en medio de los calores generados por la hiperinflación y el sol de febrero, apareció nuestro afamado virólogo Fabián García, el más arrojado y dicharachero del grupo, quién desplegó sus axones en el primer Brainstorm (número 5) y luego quedó enganchado para siempre, como Organizador de Tormentas Cerebrales.

Este equipo, aunque cueste trabajo creerlo, es el que produce y saca a la difusión un Axxón por mes, empujando cada vez más los límites de la imaginación y la creatividad, luchando para aumentar el nivel de todo lo aparecido en sus páginas, ampliando en consecuencia —y como meta principal— tu satisfacción por tenerla.

Incursión aérea

John Varley

Me despertó bruscamente la llamada de alarma vibratoria que me hacía retumbar el cráneo en silencio. No se detiene hasta que una se sienta, así que eso hice. Por todas partes a mi alrededor, en la oscurecida sala de literas, los componentes del Equipo de Captura dormían solos y por parejas. Bostecé, me rasqué los costados y le di a Gene una palmada en uno de los suyos velludos. Se dio la vuelta: una despedida muy romántica.

Frotándome los párpados para alejar el sueño, alcancé la pierna que estaba en el suelo, me la coloqué, y até los correajes. Enseguida corrí a lo largo de las filas de literas hacia Ops.

El tablero de localización brillaba en la oscuridad: Vuelo 128 de las lineas aéreas Sun-Belt, de Miami a Nueva York, 15 de Septiembre de 1979. Llevábamos tres años intentando contactar precisamente con ése. Debería de haberme sentido feliz, pero ¿quién puede saberlo apenas levantarse?

Liza Boston me dijo algo al pasar hacia Prep. Yo contesté y la seguí. Se encendieron las luces alrededor de los espejos y me dirigí a tientas a uno de ellos. Detrás de nosotros entraron tropezando tres personas más. Me senté, me enchufé, y por fin pude reclinarme y cerrar los ojos.

No durante mucho tiempo. ¡Ras! Me senté, rígida, cuando el líquido superconcentrado de las expediciones reemplazó el agua sucia que tengo por sangre. Miré a mi alrededor y me encontré con una serie de sonrisas idiotas. Eran Liza, Pinky y Dave. Frente a la pared opuesta, Cristabel ya estaba moviendo suavemente la cabeza ante el secador, tomando el aspecto de la raza blanca. Parecía un buen equipo.

Abrí el cajón y comencé los preparativos para mi propio maquillaje. Cada vez es un trabajo más difícil. Con transfusión o sin ella, mi aspecto era el de una muerta. Había desaparecido por completo la oreja derecha. Ya no podía cerrar los labios, las encías quedaban permanentemente a la vista. Una semana antes se me había caído un dedo mientras dormía… pero ¿qué más da, desgraciada?

Mientras trabajaba se encendió una de las pantallas que rodeaban el espejo. Una joven sonriente, rubia, amplia frente, rostro

redondeado. Suficientemente parecida. El pie impreso decía: *«Mary Katrina Sondergard, de soltera Trenton, Nueva Jersey; edad en 1975: 25»*. Querida, este es tu día de suerte.

El ordenador diluyó la piel del rostro para hacerme ver la estructura ósea, hizo girar la imagen, me mostró secciones transversales. Estudié los puntos de coincidencia con mi propio cráneo, observé las diferencias. No estaba mal, me las habían asignado peores.

Me puse una dentadura que incluía la ligera separación entre los incisivos superiores. Me hinché las mejillas con pasta. El distribuidor soltó unas lentes de contacto y me las puse. Me ensanché las aberturas de la nariz introduciendo en ellas unos tapones. No hacían falta orejas: quedarían tapadas por la peluca. Me ajusté sobre el rostro una máscara virgen de plasticarne y tuve que esperar unos momentos mientras se adaptaba. Bastó un minuto para modelarla perfectamente. Le sonreí al espejo: era agradable tener labios.

La ranura de distribución hizo un ruido metálico y me dejó caer una peluca rubia y un vestido rosa sobre el regazo. La peluca aún estaba caliente, recién salida del diseñador. Me la puse, haciendo después lo mismo con los leotardos.

—¡Mandy! ¿Te has puesto ya de Sondergard?

No alcé la vista: reconocí la voz.

—Hola, Roger.

—La hemos localizado cerca del aeropuerto. Podemos transportarte antes de que salga el avión, así que tú serás la introductora.

Gemí y miré hacia arriba, al rostro que mostraba la pantalla: Elfreda BaltimoreLouisville, Directora de los Equipos de Operaciones, un rostro sin vida y unas delgadas ranuras por ojos. ¿Qué se puede hacer cuando todos los músculos han muerto?

—De acuerdo.

Es mejor aceptar lo que te ofrezcan.

Ella desconectó y yo dediqué los dos minutos siguientes a intentar vestirme sin dejar de mirar las pantallas. Me grabé en la memoria los nombres y facciones de los miembros de la tripulación así como lo poco que se sabía de ellos. Luego me apresuré y alcancé a las demás. Tiempo transcurrido desde la primera señal de alarma, doce minutos y siete segundos. Más nos valía empezar a movernos.

—Maldita Sun-Belt —se quejó Cristabel mientras se ajustaba el sujetador.

—Por lo menos ya no utilizan tacones altos —indicó Dave. Un año antes hubiéramos ido tambaleándonos por los pasillos, encima de plataformas de diez centímetros de altura. Todas vestíamos blusas cortas de color rosa cruzadas diagonalmente por delante con bandas blancas y azules, y llevábamos botas de bandolera a juego. Me afané intentando sujetarme con un alfiler la ridícula gorrita, tan pequeña como una caja de píldoras.

Entramos empujándonos unas a otras en la oscura Sala de Control de Operaciones y nos alineamos ante el Portal. Los acontecimientos estaban ahora fuera de nuestro control. Hasta que el Portal estuviera dispuesto no podíamos hacer más que esperar.

Yo era la primera, estaba sólo a un metro de él. Retiré la mirada: me da vértigo. En cambio, me fijé en las enanas sentadas ante sus consolas, bañadas en la luz amarilla de las pantallas. Ninguna de ellas me devolvió la mirada. No les gustamos demasiado, a mí tampoco me gustan ellas. Todas están ajadas y demacradas. Para ellas, nuestras piernas, traseros y pechos llenos son un reproche, un recuerdo de que las de Captura comemos cinco veces más que ellas para poder estar presentables para la representación. Mientras tanto, continuamos pudriéndonos. Algún día yo misma estaré sentada ante una consola. Algún día estaré «incorporada» a una consola, con todas las visceras fuera y nada en el cuerpo más que hedor. Que se vayan al infierno.

Oculté el revolver bajo un montón de pañuelos de papel y lápices de labios, en el bolso. Elfreda me estaba mirando.

—¿Dónde está? —pregunté.

—En una habitación de un hotel. Estuvo sola desde las 10 de la noche hasta el mediodía del día del vuelo.

La hora de salida del avión era la una y cuarto. Había dejado poco tiempo de margen y tendría prisa. Bien.

—¿Puedes localizarla en el baño? Mejor si es en la ducha.

—Lo estamos intentando. —Compuso una sonrisa, empujándose con un dedo los labios muertos. Sabía cómo me gusta trabajar, pero me decía que aceptara lo que se me ofreciera. Nunca es malo preguntar. Cuando una se encuentra tendida y cubierta de agua hasta el cuello es cuando está más indefensa.

—¡Adelante! —gritó Elfreda. Pasé a través, y las cosas empezaron a ir mal.

Estaba mal orientada, *saliendo* por la puerta del cuarto de baño y mirando al dormitorio. Me di la vuelta y vislumbré a Mary Katrina Sondergard a través de la bruma del Portal. No había modo

de poder alcanzarla sin volver a pasar a través. Ni siquiera podría disparar sin herir a alguien al otro lado.

Sondergard estaba ante el espejo, el peor sitio posible. Pocas son las que se reconocen a sí mismas con rapidez, pero ella precisamente se había estado contemplando. Me vio y abrió mucho los ojos. Di un paso a un lado y me puse fuera de su vista.

—¿Qué demonios…? ¡Eh! ¿Quién demonios…? —me fijé en la voz, que a menudo es lo más difícil de imitar correctamente.

Me imaginé que tendría más curiosidad que miedo. Acerté… Salió del cuarto de baño, atravesando el Portal como si no estuviera allí; lo cual era cierto, ya que sólo tiene un lado de transferencia. Iba envuelta en una toalla.

—¡Dios mío! ¿Qué hace usted en mi…! —a una le fallan las palabras en tales ocasiones. Ella sabía que debería decir algo, pero… ¿qué? ¿Acaso: *Disculpe, no nos hemos visto alguna vez en el espejo*?

Compuse mi mejor sonrisa de azafata y le tendí la mano.

—Disculpe la intromisión. Puedo explicarlo todo. Verá, soy…. —le golpee en un lado de la cabeza y ella se tambaleó y cayó pesadamente. La toalla quedó en el suelo, suelta— …una estudiante universitaria. —Comenzó a levantarse, así que le golpeé bajo la barbilla con mi rodilla artificial. Se quedó tumbada.

—¡*Basura* de transfusión barata! —gemí, frotándome los doloridos nudillos. Pero no había tiempo. Me arrodillé junto a ella, le tomé el pulso. No tenía nada importante, pero creo que le aflojé algunos de los dientes delanteros. Me detuve un momento: ¡Dios, tener ese aspecto sin maquillaje, sin prótesis! Casi me emocionó.

La sujeté por debajo de las rodillas y conseguí llevarla a duras penas hasta el Portal. Era un saco de fideos blandos. Alguien tendió una mano a través del Portal, la cogió por los pies y tiró de ella. *¡Hasta la vista, querida! ¿Qué te parecería emprender un largo viaje?*

Me senté en su cama de alquiler para recuperar el aliento. En el bolso tenía las llaves de un coche y cigarrillos: tabaco de verdad, que valía su peso en sangre. Encendí seis, calculando que tenía cinco minutos para mí sola. La habitación se llenó de un humo dulce.

Ya no los hacen así.

El sedán Hertz estaba en el estacionamiento del hotel. Subí a él y me dirigí al aeropuerto. Inspiré profundamente el aire, rico en hidratos de carbono. La vista alcanzaba a cientos de metros de

distancia. La perspectiva casi me mareó, pero vivo para esta clase de momentos. No se puede explicar cómo son las cosas en el mundo premec. El sol era una bola amarilla y orgullosa a través de la neblina del calor.

Las otras azafatas estaban subiendo a bordo. Algunas de ellas conocían a Sondergard, así que no hablé mucho, alegando un dolor de cabeza. Dio un buen resultado, entre risas comprensivas y comentarios maliciosos. Evidentemente no estaba fuera de lugar en mi personaje. Abordamos el 707 y nos preparamos para la llegada de los borregos.

Aquello tenía buen aspecto. Las cuatro comandos al otro lado eran gemelas idénticas de las mujeres con las que estaba trabajando aquí. No se podía hacer nada más que ser una azafata hasta la hora de salida. Esperaba que no hubiera deslices: colocar al revés un Portal al transportar una introductora hasta una habitación de hotel era una cosa, pero un 707 a 7.000 metros de altura…

El avión estaba casi completo cuando la mujer a la que suplantaría Pinky cerró la puerta delantera. Rodamos hasta el final de la pista y despegamos. Lo primero, empecé a tomar encargos de bebidas.

Los borregos eran un grupo corriente en 1979. Todos ellos gordos y descarados, y dándose tan poca cuenta de vivir en un paraíso como se la da un pez en el mar. *¿Qué les parecería, señoras y señores, un viaje al futuro? ¿No? No puedo decir que me extrañe. ¿Y si les dijera que este avión va a…?*

Mi alarma zumbó cuando llegamos a la altitud de crucero. Consulté el indicador que llevaba bajo el Lady Bulova y dirigí la vista a una de las puertas de los lavabos. Sentí una vibración que recorría el aparato. *Maldita sea, siempre es así.*

El Portal estaba allí dentro. Salí rápidamente e hice un gesto a Diana Gleason -el pichón de Dave— para hacerla venir a la parte delantera.

—Echa una ojeada a esto —dije, con aspecto disgustado. Comenzó a entrar en el lavabo y se detuvo al ver el brillo verdoso. Le apoyé una bota en el trasero y empujé. Perfecto. Dave tendría ocasión de oirle la voz antes de entrar. Aunque haría poco más que chillar cuando mirara a su alrededor…

Dave apareció a través del Portal, ajustándose el estúpido sombrerito. Diana debía de haberse debatido.

—Muéstrate disgustada —susurré.

—Menudo estropicio —dijo al salir del lavabo. Era una

imitación correcta del tono de Diana, aunque le faltaba el acento. No importaría por mucho tiempo.

—¿De qué se trata? —era una de las azafatas de la clase turista. Nos hicimos a un lado para que pudiera echar una ojeada, y Dave la empujó. Pinky tardó muy poco en aparecer.

—Estamos en tiempo negativo —dijo Pinky—. Perdimos cinco minutos en el otro lado.

—¿Cinco? —gritó Dave-Diana. Yo sentía igual: teníamos que procesar a ciento tres pasajeros.

—Sí. Perdieron contacto cuando pasaste a mi pichón. Hizo falta ese tiempo para reenfocar.

Una se acostumbra a eso. El tiempo transcurre a velocidades diferentes en cada uno de los lados del Portal, aunque siempre es secuencial, de pasado a futuro. Una vez comenzada la captura con mi transferencia a la habitación de Sondergard, no había modo de retroceder en lo más mínimo al pasado en ninguno de los dos lados. Aquí, en 1979, teníamos estrictamente noventa y cuatro minutos para hacerlo todo. En el otro lado, el Portal no se podía mantener en ningún caso más de tres horas.

—Cuando partiste, ¿cuánto tardó en sonar la alarma?

—Veintiocho minutos.

No tenía buena pinta. Harían falta por lo menos dos horas sólo para preparar todos los zombies a medida. Suponiendo que no hubiera más deslizamiento en el tiempo de 1979, podríamos conseguirlo por los pelos. Pero *siempre* hay deslizamiento. Me estremecí, pensando en la posibilidad de que nos quedáramos en el avión.

—Entonces no hay tiempo para más juegos —dije—. Pinky, vuelve a la clase turista y di a las otras dos chicas que suban aquí. Diles que vengan una después de otra y que tenemos un problema. Ya te sabes el truco.

—Aguantándose las lágrimas. Entendido —corrió hacia proa. Inmediatamente apareció la primera. Llevaba impresa en la cara la sonrisa amistosa de las Líneas Aéreas Sun-Belt, pero debía de tener el estómago revuelto. *¡Oh, Dios, nos ha llegado la hora!*

La sujeté de un codo y tiré de ella desde detrás de las cortinas de la parte delantera. Estaba jadeando.

—Bienvenida a la zona de sol y sombra —dije, y le golpeé la cabeza con el revólver. Se encorvó y la sujeté mientras caía. Pinky y Dave me ayudaron a empujarla a través del portal.

—¡Mierda! ¡Esa cosa podrida está vacilando!

Pinky tenía razón. Una señal muy amenazadora. Pero el brillo verde se estabilizó mientras lo mirábamos, con quién sabe cuánto deslizamiento en el otro lado. Cristabel se asomó a través.

—Estamos treinta y tres minutos en positivo —dijo. No tenía sentido decir lo que todos estábamos pensando: las cosas iban muy mal.

—Vuelve a Turista —dije—. Muéstrate valiente, sonríe a todo el mundo, pero exagéralo un poco, ¿entendido?

—Entendido —dijo Cristabel.

Procesamos a la otra rápidamente, sin incidentes. Luego no quedó tiempo para hablar de nada. Dentro de ochenta y nueve minutos el Vuelo 128 iba a estar esparcido por toda una montaña, hubiéramos terminado o no.

Dave se metió en la cabina de pilotaje para impedir que el equipo de navegación nos molestara. Se suponía que Pinky y yo teníamos que hacernos cargo de la Primera clase y después ayudar a Cristabel y Lisa en la Turista. Utilizamos la estratagema habitual de “café, té o leche”, confiando en nuestra velocidad y su inercia. Me incliné sobre los dos primeros asientos de la izquierda.

—¿Están disfrutando del vuelo? —pop, pop. Dos tirones del gatillo, cerca de las cabezas y fuera de la vista del resto de los borregos.

—Hola, chicos. Me llamo Mandy. Volad conmigo —pop, pop.

A medio camino de la sala algunas personas nos contemplaban con curiosidad. Pero la gente no arma alboroto hasta que tienen muchos más motivos. Un borrego de la última fila se levantó y le di. En este momento sólo quedaban ocho despiertos. Dejé la sonrisa y disparé cuatro tiros rápidos. Pinky se encargó del resto. Atravesamos corriendo la cortina, justo a tiempo.

Se estaba alzando un fuerte rumor en la parte trasera de Clase Turista, cuando estaban ya procesados aproximadamente el sesenta por ciento de los borregos. Cristabel me dirigió una mirada y asentí.

—Muy bien, amigos —gritó—. Quiero que os estéis callados. Tranquilizaos y escuchad. *Tú*, cabeza gorda, *cállate* antes de que te meta el pie por el culo, y de plano.

La sorpresa de oírle hablar así fue suficiente para conseguirnos un poco de tiempo, en cualquier caso. Habíamos formado una línea de ataque a lo ancho del avión, con los revólveres alzados, apoyados en respaldos de sillones y apuntados al

agitado y aturdido grupo de treinta borregos.

Los revólveres bastan para atemorizar a cualquiera excepto los más temerarios. En esencia, un anonadador de serie no es más que un cilindro de plástico con dos rejillas separadas unos quince centímetros. No hay en él suficiente metal para activar una alarma antirrobo. Y para la gente desde la Edad de Piedra hasta aproximadamente 2190 no tiene más aspecto de arma que un bolígrafo. Por eso la Sección de Equipos los embute en un armazón de plástico que los convierte en verdaderos desintegradores como los de Buck Rogers, con una docena de botones y luces que lanzan destellos y un tambor como el hocico de un puerco. Apenas se pone nadie en su camino, jamás.

—Corremos un grave peligro, y hay poco tiempo. Todos debéis hacer exactamente lo que yo os diga y estaréis a salvo.

No se les puede dar tiempo para pensar, una tiene que confiar en su posición de Voz de la Autoridad. Simplemente, la situación *no* va a tener sentido para ellos, por mucho que una se la explique de un modo u otro.

—Un momento, creo que nos debe…

Un abogado del aire. Tomé una decisión instantánea, apreté el botón de los fuegos artificiales del revólver y le disparé.

El revólver soltó un sonido como el de un plato volador con hemorroides, escupió chispas y pequeñas llamaradas y extendió hasta su frente un dedo verde de láser. Cayó.

Todo ello pura mierda, por supuesto. Pero desde luego es impresionante.

También es malditamente arriesgado. Tenía que elegir entre un alboroto, si el cabezagorda les hacía pensar, o un posible motín como consecuencia del destello del revólver. Pero cuando alguien del siglo XX se pone a hablar de sus «derechos» y de lo que se le «debe», las cosas pueden escapar al control. Es infeccioso.

Funcionó. Hubo muchos gritos, gente ocultándose detrás de los asientos, pero no un motín. Podríamos haberlo sobrellevado, pero necesitábamos a algunos de ellos conscientes si queríamos acabar alguna vez con la captura.

—Levantaos. *¡Levantaos, gusanos!* —aulló Cristabel—. Está aturdido, simplemente. Pero mataré al próximo que se desmande. Ahora *levantaos* y haced lo que os diga. *¡Los niños primero! Aprisa*, corred todo lo que podáis, a la parte delantera del avión. Haced lo que os diga la azafata. ¡Vamos, niños, *moveos*!

Retrocedí corriendo a primera clase inmediatamente delante

de los niños. me volví al llegar a la puerta abierta del lavabo y me arrodillé.

Estaban petrificados. Eran cinco —algunos de ellos gritando, cosa que siempre me emociona—, mirando a izquierda y derecha a los desvanecidos de los sillones de la Primera Clase, trastabillando, aterrorizados.

—Vamos, niños —les llamé, poniendo mi sonrisa especial— vuestros padres vendrán dentro de sólo un minuto. Todo va a ir bien, os lo prometo. Venid.

Conseguí hacer pasar a tres. La cuarta se negó. Estaba decidida a no pasar por aquella puerta. Extendió brazos y piernas y no conseguía empujarla a través. Yo no pego a los niños, jamás. Me arañó el rostro con las uñas. Se me cayó la peluca, y ella abrió la boca al verme la cabeza calva. La empujé.

El número cinco estaba sentado en el pasillo, llorando. Tenía quizá siete años. Retrocedí corriendo y lo agarré; lo abracé, lo besé y lo empujé a través del Portal. Dios, necesitaba descansar, pero hacía falta en Turista.

—Tú, tú, tú y tú. De acuerdo, tú también. Ayudadle, ¿queréis? —Pinky tenía un buen ojo para los que no tendían ninguna utilidad para nadie, ni siquiera para ellos mismos. Les condujimos como un rebaño hacia la parte delantera del avión, y luego nos desplegamos a la vista de los demás. No tardamos mucho en animarles a la acción. Les hicimos arrastrar los cuerpos inertes hacia adelante a toda la velocidad que podían. Cristabel y yo estábamos en Turista, los demás al frente.

La adrenalina estaba siendo asimilada ya por mi cuerpo; me abandonó el ímpetu de la acción y comencé a sentirme muy cansada. Hay un sentimiento inevitable de simpatía por esos pobres borregos torpes que siempre empieza a afectarme alrededor de este momento del juego. Claro, era mucho mejor para ellos; claro, iban a morir si no les sacábamos del avión. Pero cuando vieran el otro lado les iba a costar mucho trabajo creerlo.

Los primeros estaban volviendo por un segundo cargamento, asombrados de lo que acababan de ver: docenas de personas entrando en un cubículo que, vacío, ya estaba atestado. Un estudiante universitario tenía el aspecto de haber recibido una coz en el estómago. Se detuvo a mi lado y suplicó con la mirada.

—Mire, quiero *ayudarles*, sólo que… ¿qué *está* pasando? ¿Es esto alguna forma nueva de rescate? Quiero decir, ¿vamos a estrellarn…?

Conmuté el revólver a “calambre” y se lo deslicé por la mejilla. Tragó aire y retrocedió.

—Calla esa boca podrida y muévete, o te mataré —Pasarían horas antes de que tuviera la mandíbula en condiciones de hacer más preguntas estúpidas.

Vaciamos Turista y nos fuimos al frente. Un par de los del equipo de trabajo estaban por entonces condenadamente agotados. Todos tienen músculos como los de un caballo, pero apenas pueden subir un tramo de escalera. Les dejamos atravesar el Portal a algunos, incluyendo a una pareja que tenían por lo menos cincuenta años. *¡Jesús!* ¡Cincuenta! Nos quedamos reducidos a un grupo de cuatro hombres y dos mujeres que parecían fuertes, y les hicimos trabajar hasta que casi se caían. Pero procesamos a todo el mundo en veinticinco minutos.

El transportátil vino por el Portal cuando nos estábamos desnudando. Cristabel llamó a la puerta de la cabina de pilotaje y Dave salió, ya desnudo. Mala señal.

—Tuve que aturdirles —dijo—. El cretino del capitán *tenía* simplemente que hacer su Gran Desfile por el avión. Lo intenté *todo*.

A veces una tiene que hacerlo. El avión estaba bajo el piloto automático, como debe ser normalmente a estas alturas. Pero si cualquiera de nosotros le hacía cualquier tipo de daño a la nave, si cambiaba el curso fijo de los acontecimientos de cualquier modo, todo habría terminado. Tanto trabajo sería para nada, y el vuelo 128 quedaría inaccesible a nosotros para siempre. No conozco esa basura de Teoría Temporal, pero sí los aspectos prácticos. Podemos hacer cosas en el pasado sólo en lugares y momentos en que no supongan ninguna diferencia. Tenemos que cubrir nuestras huellas. Hay cierta flexibilidad: cierta vez, un miembro de un equipo de Captura se dejó atrás el revólver, que se fue con el avión. Nadie lo encontró; o, si lo hicieron, no tenían ni la más remota idea de lo que era, así que no pasó nada.

El Vuelo 128 era un fallo mecánico. Es lo mejor; significa que una no tiene que mantener ignorante de la situación al piloto, encerrado en la cabina hasta llegar a tierra. Se le puede aturdir y pilotar el avión, ya que de todos modos no hay nada que pudiera haber hecho para salvar el vuelo. Un avión estrellado por error del piloto es casi imposible de capturar. Trabajamos principalmente en los casos de bombas y fallos estructurales en pleno vuelo. Si hay aunque sea sólo un superviviente, no podemos hacer contacto: eso no encajaría en la contextura del espaciotiempo, que es inmutable (aunque se puede distender ligeramente), y todos simplemente nos

desvaneceríamos y volveríamos a aparecer en la sala de preparación.

Me dolía la cabeza. Deseaba ese transportátil con todas mis fuerzas.

—¿Quién tiene más horas de vuelo en un 707?

Las tenía Pinky, así que la envié a la cabina junto con Dave, que podía simular la voz del piloto para los controles del tráfico aéreo. Hay que tener una grabación creíble en la cinta de vuelo, además. Sacaron dos largos tubos del transportátil, y el resto de nosotros nos enchufamos uno cerca del otro. Nos quedamos allí fumando cada uno un puñado de cigarrillos, deseando terminarlos pero esperando que no hubiera tiempo. El Portal se había desvanecido en cuanto arrojamos a su través nuestras ropas y el equipo de navegación.

Pero no nos preocupamos durante mucho tiempo. El capturar tiene otros aspectos agradables, pero nada comparable a la bocanada de ánimos que te da el conectarte a un transportátil. La transfusión estimulante no es más que sangre fresca, rica en oxígeno y azúcares. Lo que ahora recibíamos era una mezcla de adrenalina concentrada, hemoglobina supersaturada, methedrina, relámpagos blancos, TNT y elixir de la felicidad de ckapoo. Era como un buscapiés en el corazón; una coz en el hueso sonajero de los sesos.

—Me está creciendo pelo en el pecho —dijo Cristabel, solemnemente. Todos nos reímos.

—¿Le importa a alguien alcanzarme los ojos?

—¿Los azules o los rojos?

—Creo que se me acaba de caer el culo.

Los habíamos oído todos antes, pero de todas formas aullábamos de risa. Eramos fuertes, *fuertes*, y durante un momento dorado no tuvimos preocupaciones. Todo era cómico. Podría haber desgarrado metal en láminas con las pestañas.

Pero con esa mezcla es fácil pasarse. Cuando el Portal no apareció, y no apareció, y *Dios mío no apareció*, todos empezamos a asustarnos. Este pájaro no iba a seguir volando tanto tiempo.

Entonces llegó y nos pusimos a trabajar. Vino a su través el primero de los zombies, vestido con la ropa de un pasajero cuyo lugar iba a tomar por su parecido con él.

—Las dos treinta y cinco, tiempo transcurrido arriba —anunció Cristabel.

—*Jesús*.

Es una rutina aplastante. Se agarra el correaje que rodea los hombros del zombie y se le arrastra a lo largo del pasillo, después de consultar el número de asiento que lleva pintado en la frente. La pintura es visible durante tres minutos. Se le sienta, se le ata al cinturón, se abre el correaje y se vuelve con él para arrojarlo a través del Portal al mismo tiempo que se agarra el siguiente. Hay que dar por supuesto que en el otro lado han hecho bien su trabajo: empastes en los dientes, huellas digitales, el juego correcto de altura, peso y color del cabello. La mayoría de estos detalles no tienen mucha importancia, especialmente en el Vuelo 128, que es un caso de impacto e incendio. Habría pedacitos y miembros, y por cierto carbonizados; pero no se pueden correr riesgos. Los forenses de los grupos de rescate son muy meticulosos en la partes que sí encuentran; son especialmente importantes la dentición y las huellas digitales.

Odio los zombies. Realmente los odio. Cada vez que sujeto el correaje de uno de ellos, si es una niña me pregunto si es Alice. *¿Eres tú acaso mi hija, vegetal, gusano, lombriz de tierra?* Me uní a los de Captura cuando los parásitos del cerebro devoraron la vida de la cabeza de mi niña. No podía soportar pensar que ella representaba la última generación; que los últimos seres humanos que jamás hubieran vivirían sin nada en la cabeza, clínicamente muertos según normas que regían incluso en 1979, con microprocesadores moviéndoles los músculos para mantener su tono de actividad. Una crece, alcanza la pubertad siendo aún fértil —una entre mil— y se apresura a quedar encinta con la primera menstruación. Luego una averigua que su madre o su padre transmitió una enfermedad crónica grabada en los propios genes y que ninguno de sus hijos será inmune. Yo *sabía* de la paralepra; crecí con los puntas de los pies pudriéndose. Pero esto era demasiado. ¿Qué puede hacer una?



Sólo uno de cada diez zombies tenía el rostro adaptado a medida: hace falta tiempo y mucha habilidad para construir una nueva cara que pueda soportar la autopsia hecha por un médico. El resto venía premutilado. Tenemos millones de ellos; no es difícil encontrar un cuerpo suficientemente parecido. La mayoría de ellos seguirían respirando, demasiado torpes para dejar de hacerlo hasta que se estrellaran con el avión.

La nave se agitó violentamente. Miré el reloj: cinco minutos para el impacto. Tendíamos tiempo. Estaba con mi último zombie. Pude oir a Dave llamar frenéticamente a tierra. Llegó una bomba por el Portal y la arrojé dentro de la cabina. Pinky activó el detonador de presión de la bomba y salió corriendo, seguida de Dave. Liza ya había pasado por el Portal. Cogí las inertes zombies vestidas de azafatas y las tiré al suelo. El aparato empezó a deshacerse y un trozo atravesó la sala. Empezamos a perder presión. La bomba arrancó parte de la cabina (el equipo de investigación interpretaría —esperábamos— que un trozo del aparato la atravesó y mató a la tripulación: no había más palabras del piloto en el grabador de vuelo) y viramos lentamente a la izquierda y hacia abajo. Me vi empujada hacia el orificio del costado de la nave, pero me las arreglé para sujetarme a un asiento. Cristabel no tuvo tanta suerte. Fue lanzada hacia la parte trasera.

Empezamos a subir levemente, perdiendo velocidad. De pronto, el lugar del pasillo en que yacía Cristabel se encontró en la parte alta. Le salía sangre de la sien. Miré atrás: todos se habían ido y en el suelo estaban amontonadas tres zombies vestidas de rosa. El avión comenzó a ratear, a entrar en picado, y mis pies se alzaron del suelo.

—¡Vamos, Bel! —grité. El Portal sólo estaba a un metro de distancia de mí, pero empecé a impulsarme hasta donde flotaba ella. El avión dio un salto y ella golpeó el suelo. lncreíblemente eso pareció despertarla. Empezó a nadar hacia mí, y le di la mano en el momento en que el suelo volvía a alzarse para aplastarnos de nuevo. Nos arrastramos mientras el avión sufría su agonía definitiva y llegamos a la puerta. El Portal no estaba.

No había nada que decir. Nos íbamos a estrellar. Es bastante difícil mantener en su sitio el Portal en un avión que se mueve en línea recta; pero cuando un pájaro empieza a picar en espiral y a desintegrarse, las matemáticas se hacen espantosas. Eso me han dicho.

Abracé a Cristabel y le sostuve la ensangrentada cabeza. Estaba aturdida, pero se las arregló para sonreír y encogerse de

hombros. Una acepta lo que le ofrecen. Me apresuré a ir al lavabo y apoyé a Cristabel en el suelo, haciendo yo lo mismo, la espalda contra el mamparo de proa y Cristabel entre mis piernas, con la suya hacia el frente. Como en los entrenamientos. Apretamos los pies contra la otra pared. La abracé fuertemente y lloré sobre su hombro.

Y allí estaba: un brillo verde a mi izquierda. Me lancé hacia él arrastrando a Cristabel, manteniéndonos pegadas al suelo mientras dos zombies eran arrojados con la cabeza por delante a través del Portal, por encima de nosotras. Unas manos nos sujetaron y tiraron hasta hacernos pasar. Me arrastré con las uñas más de metro y medio por el suelo. Una se puede dejar una pierna en el otro lado, y a mí no me sobraba ninguna.

Me senté mientras llevaban a Cristabel a Clínica. Le palmeé un brazo al pasar junto a mí en la camilla, pero estaba desmayada. A mí tampoco me hubiera importado estarlo.

Durante un tiempo una no puede creer que todo haya pasado realmente. A veces resulta que no ha ocurrido. Una vuelve y averigua que todos los borregos del corral se han desvanecido suave y repentinamente porque el continuum no admite los cambios y paradojas que se han introducido en él. Las personas para cuyo rescate una ha trabajado tanto se encuentran esparcidas como una guarnición de tomate por toda la pendiente de alguna maldita colina de Carolina, y lo único que te queda es un montón de zombies destrozados y un equipo de Captura agotado. Pero no esta vez: podía ver los borregos moviéndose en el corral, desnudos y más asombrados que nunca. Y apenas empezando a sentirse *realmente* asustados.

Elfreda me tocó al pasar. Asintió, lo cual significaba «bien hecho» en su repertorio limitado de gestos. Me alcé de hombros, preguntándome si me importaba; pero el exceso de adrenalina corría aún por mis venas y me encontré sonriéndole. Le devolví el asentimiento.

Gene estaba junto al corral. Me acerqué a él y le abracé. Sentí los humores empezar a fluir. *Maldita sea, vamos a derrochar una pequeña ración y regalarnos un rato agradable.*

Alguien estaba golpeando la pared de vidrio esterilizado del corral. Gritaba, dirigiéndonos palabras airadas con el movimiento de los labios. *¿Por qué? ¿Qué nos habéis hecho?* Era Mary Sondergard. Suplicaba a su gemela calva y coja que la hiciera comprender. Creía que tenía problemas. Dios, ¡qué bonita era! La odiaba mortalmente.

Gene me apartó de la pared. Me dolían las manos, y me había roto todas las uñas postizas sin arañar siquiera el cristal. Ella estaba ahora sentada en el suelo, sollozando. Oí la voz del oficial de instrucción por el altavoz exterior.

—…Centaurii 3 es habitable, con un clima de tipo terrestre. Con eso me refiero a *vuestra* Tierra, no a lo que ha llegado a ser. Veréis más de eso después. El viaje durará cinco años, tiempo de la nave. Al aterrizar dispondréis de un caballo, un arado, tres hachas, doscientos kilos de trigo de siembra…

Me apoyé en el hombro de Gene. En su momento más bajo, en este mismo instante, eran tanto mejores que nosotros… A mí me quedaban quizá diez años, la mitad de ellos hecha pedazos en una cesta. Ellos son nuestra esperanza más brillante, la mejor. Todo depende de ellos.

—…que nadie será obligado a ir. Queremos indicar de nuevo y no por última vez, que todos estaríais muertos sin nuestra intervención. Sin embargo, hay cosas que debéis saber: no podéis respirar nuestro aire. Si os quedáis en la Tierra nunca podréis abandonar este edificio. Nosotros no somos como vosotros. Somos el resultado de una disgregación genética, de un proceso de mutación. Somos los supervivientes, pero nuestros enemigos han evolucionado al mismo tiempo que nosotros. Están venciendo. Vosotros, sin embargo, sois inmunes a las enfermedades que nos afligen…

Hice una mueca y me volví.

—…otra parte, si emigráis se os dará la oportunidad de una nueva vida. No será fácil, pero como americanos debéis estar orgullosos de vuestra herencia de pioneros. Vuestros antepasados sobrevivieron, y lo mismo haréis vosotros. Puede ser una experiencia gratificante, y yo os exhorto…

Desde luego, Gene y yo nos miramos y reímos. *Escuchad esto, amigos. El cinco por ciento de vosotros sufrirá crisis nerviosas durante los próximos pocos días y nunca partirá. Aproximadamente la misma cantidad se suicidará, aquí y durante el camino. Cuando lleguéis allí, del sesenta al setenta por ciento fallecerá durante los primeros tres años. Moriréis al dar a luz, seréis devorados por animales, enterraréis a dos o tres de vuestros hijos, pereceréis de hambre lentamente cuando no lleguen las lluvias. Si sobrevivís, será para romperos la espalda detrás de un arado, del alba al anochecer. ¡La Nueva Tierra es el cielo, amigos!*

¡Dios, cómo me gustaría poder ir con ellos!

Orquídeas imaginarias vs. hongos simulados

Eduardo Abel Giménez

> Orquídeas de fantasía y hongos imaginarios luchaban por el territorio. El observador humano había montado la experiencia como un juego, pero los participantes apostaban allí su supervivencia. Y mientras tanto, inesperadamente, confirmaban importantes ideas de la etología, la ciencia del comportamiento animal.

La historia empezó con un encuentro feliz en un ambiente propicio. Quienes se encontraron fueron la sección "Juegos de ordenador", de A. W. Dewdney, correspondiente a Investigación y Ciencia Nro. 101 (febrero de 1985), y el libro "El gen egoísta", de Richard Dawkins. El ambiente propicio, mi pasión simultánea y poligámica por los temas de ambos textos.

En su artículo "Tiburones y peces libran una guerra ecológica en el planeta de Acua-Tor", Dewdney describía la simulación por ordenador de un mar habitado por dos hipotéticas especies animales. A partir de una distribución inicial aleatoria y según ciertas reglas, "los tiburones de Acua-Tor se nutren de los peces, que depredan, y de los que parece haber siempre abundante provisión". La intención, claro está, era recreativa. Nadie pretendía que esos peces y esos tiburones actuaran como los reales, ni que su observación produjera algún principio importante para la Biología.

Por el contrario, Dawkins construía su libro con ideas sobre la evolución de la vida aplicables al mundo real, y se valía de modelos sencillos (con más de un elemento común con los de Dewdney) para demostrarlas. Sin embargo, la tesis central de Dawkins, "somos máquinas de supervivencia, vehículos autómatas programados a ciegas con el fin de preservar las egoístas moléculas conocidas con el nombre de genes"), con lo provocativa y convincente que resulta, no fue lo que desencadenó los hechos.

Estos fueron irreprimibles a partir de la descripción, en la obra de Dawkins, de un concepto que manejan quienes estudian el comportamiento de los animales: el de "estrategia evolutivamente estable".

Decía Dawkins: “Una estrategia evolutivamente estable o EEE es definida como una estrategia que, si la mayoría de la población la adopta, no puede ser mejorada por una estrategia alternativa. (…) Otra manera de expresarlo sería decir que la mejor estrategia a seguir por un individuo depende de lo que la mayoría de la población esté haciendo. (…) Una vez que se logra una EEE, ésta permanecerá; la selección penalizará cualquier desviación respecto de ella”. El concepto, propuesto originalmente por Maynard Smith, es difícil de asimilar en un primer momento; luego profundizaremos en él lo necesario para comprender su importancia decisiva en el comportamiento animal.

De inmediato se me ocurrió la posibilidad de combinar ambos elementos. En otras palabras, de encontrar estrategias evolutivamente estables en los peces y tiburones de Dewdney. Si el intento fracasó no fue por culpa de los tiburones, sino de la escasa capacidad de mi ordenador, que no alcanzaba para las complicaciones del programa requerido. Pero no me rendí; al contrario, me dediqué a simplificar las ideas de Dewdney para que “entraran” en mi máquina, y así surgieron las “orquídeas” y los “hongos”. Como veremos, mayor simplicidad no significó menor interés.

Orquídeas vs. Hongos

0	0	0	0	0		0	0	0	0	0	0
0	0	0	0	0	0		0	0	0	0	0
	0	0	0	0		0	0	0	0	0	0
*	0	0	0	0				0	0	0	*
		0	0	0	0	0	0	0	0	*	*
0	0	0	0	0	0	0	0	0	*	*	*
0	*	0	0	0	0	0	0	0	*		0
		*		0	0	0	0				*
0	*	*	0	0	0	0	0	0			*
0						0	0				0
0				0	*	*	0			*	0
0	0	*		0				*	0	0	0

Figura 1

La fig. 1 muestra una situación típica en el bosque de orquídeas y hongos de mi ordenador. El "bosque" es un cuadriculado de 12 X 12, con un total de 144 casillas. Las orquídeas están representadas por pacíficos ceros, y los hongos por agresivos asteriscos. Cada individuo, de cualquiera de las dos especies, ocupa una casilla; no pueden reunirse dos o más individuos en una misma casilla. Como se ve hay más orquídeas que hongos, pero eso no es algo que yo me haya propuesto; es lo que las orquídeas y los hongos tienden a hacer cuando se los deja solos.

Para simular la vida de estas extrañas especies, hacemos que el tiempo transcurra a saltos (que a propuesta de Dewdney podemos llamar "cronones"). Durante cada cronón inspeccionamos el contenido de todas las casillas, determinando dónde hay orquídeas y hongos. Cada orquídea y cada hongo lanzan una semilla a una casilla vecina en horizontal o vertical (no en diagonal), elegida al azar. (Que los hongos reales no se reproduzcan por semillas sino por esporas no debe interesarnos aquí.) Lo que ocurra con la semilla y

con el individuo que la produjo depende de la especie a que ambos pertenezcan, y también del contenido de la casilla vecina elegida:

- Si la semilla es de orquídea y la casilla vecina está vacía, en esa casilla aparece una nueva orquídea. Si la casilla vecina está ocupada, la semilla se pierde y todo queda igual que antes.
- Si la semilla es un hongo y en la casilla vecina hay una orquídea, la semilla parasita a la orquídea, y de inmediato aparece allí un nuevo hongo; de la orquídea no quedan rastros. Si la casilla vecina está vacía u ocupada por un hongo, la semilla se pierde; además, y esto es importante, también muere el hongo que produjo la semilla, quedando en su lugar una casilla vacía.

En otras palabras, las orquídeas se reproducen ocupando con su descendencia casillas vecinas vacías. En cambio, los hongos se reproducen ocupando casillas vecinas pobladas por orquídeas. Mientras que las orquídeas no les sucede nada si no consiguen reproducirse, los hongos mueren si sus semillas no caen en casillas habitadas por orquídeas.

El contenido de una casilla no se puede modificar dos veces durante un mismo cronón. Cuando dicho contenido se modifica una vez, la casilla en cuestión queda "congelada" hasta el cronón siguiente (es decir, hasta la siguiente ronda de inspecciones); si una semilla de cualquier especie vuelve a caer allí, la semilla se pierde, sin otras consecuencias para la orquídea o el hongo que la haya producido. De esta manera aseguramos que la "velocidad de cambio" sea la misma en todo el bosque.

El cuadriculado que hace las veces de bosque se supone curvado de tal manera que la hilera superior de casillas sea vecina a la hilera inferior, y la columna de la izquierda vecina a la columna de la derecha. (Si efectivamente hiciéramos tal plegado nos quedaría en forma de anillo, lo que los matemáticos llaman un toro.)

Al comenzar el experimento, antes de que los cronones empiecen a transcurrir, el bosque está completamente cubierto de orquídeas. Es nuestra tarea decidir cuántos hongos queremos. Elegido un número, los hongos se distribuyen al azar, reemplazando a una orquídea cada uno. Luego agregamos el último toque: la vida.

¿Qué resultados podemos esperar? ¿Evolucionará la población de nuestro bosque de manera aleatoria, sin patrones o limitaciones más o menos reconocibles? O, en caso contrario, ¿qué tipo de limitaciones encontraremos?

Después de un tiempo de experimentar, puedo anticipar una respuesta: hay una estrategia evolutivamente estable respecto al número de individuos de cada especie, que la población adopta casi de inmediato y difícilmente abandona. Para ver en qué consiste esa estrategia, y el porqué de su surgimiento casi inevitable, debemos tornar menos abstracta la definición de EEE. Volvamos entonces al libro de Dawkins, cosa que ya valdría la pena, aunque sólo fuera para disfrutar con la elegancia del razonamiento.

Halcones vs. Palomas

Como si no bastara con la proliferación de formas de vida exótica que hemos tenido hasta aquí, incorporaremos otras dos. Son el punto de partida de un ejemplo muy ilustrativo de estrategia evolutivamente estable, creado por Maynard Smith (quien, recordemos, propuso originalmente la idea de EEE) y recogido por Dawkins en su libro.

La población de una especie animal hipotética cuenta con dos estrategias de lucha: la de los “halcones” y la de las “palomas”. Como ocurrió con peces, tiburones, orquídeas y hongos, se trata de nombres convencionales que ayudan a ver la situación; la diferencia consiste en que esta vez no son propuestos en plan de entretener, sino como parte de una seria discusión científica. Dice Dawkins: “Todo individuo de nuestra población hipotética está clasificado ya como halcón o como paloma. Los halcones lucharán siempre tan dura y desenfrenadamente como les sea posible, replegándose sólo cuando se encuentren gravemente heridos. Las palomas se limitarán a amenazar de una forma digna y convencional, sin dañar jamás a nadie. Si un halcón ataca a una paloma, ésta se alejará rápidamente y así no resultará dañada. Si un halcón ataca a otro halcón, continuarán la lucha hasta que uno de ellos resulte muerto o gravemente herido. Si una paloma se enfrenta a otra paloma nadie saldrá lesionado; se limitarán a asumir una postura, una frente a la otra, durante un largo tiempo hasta que una de ellas se canse o decida no molestarse más y, por lo tanto, ceda. Por el momento, asumiremos que no hay forma de que un individuo pueda saber, por adelantado, si un rival determinado es un halcón o una paloma. Sólo lo descubre al iniciarse la lucha, y no guarda memoria de pasadas luchas con otros individuos por las cuales guiarse.”

Para medir el resultado de cada lucha, Dawkins asigna puntuaciones:

- Ganar una lucha vale +50 puntos.
- Quedar gravemente herido vale -100 puntos.
- Perder el tiempo en una larga disputa vale -10 puntos.

Estas puntuaciones tienen significado en términos de supervivencia y propagación del comportamiento involucrado. Evidentemente, estará en mejores condiciones de sobrevivir y reproducirse cuanto más elevada sea su puntuación, es decir, cuanto mejor sea su resultado promedio en las luchas que entable. Los valores son arbitrarios; simplemente ayudan a hacer las cuentas con más facilidad que si empleáramos variables a las que se pudiera asignar cualquier valor. Lo único que importa (aunque Dawkins se haya ahorrado el trabajo de aclararlo) es que “quedar herido” signifique mayor penalización que “perder el tiempo”; que los puntos restados por “perder el tiempo” no reduzcan a cero los obtenidos por “ganar una lucha”; y que “ganar una lucha” no baste para compensar el “quedar herido”.

Sigue Dawkins: “Lo que nos interesa saber es si los halcones o las palomas constituyen una estrategia evolutivamente estable. Si una de ellas es una EEE y la otra no lo es, hemos de esperar que la que es una EEE evolucionará. (…) Sin embargo, como ahora veremos, ninguna de estas dos estrategias, halcón o paloma, podría ser evolutivamente estable por sí sola y, por lo tanto, no deberíamos esperar que ninguna de ellas evolucionara”.

Si la población está enteramente compuesta por palomas, nadie sale herido. El ganador de una lucha obtiene +50 puntos, y -10 por perder el tiempo, de manera que su resultado neto es de +40. El perdedor obtiene -10 por perder el tiempo, y ése es su resultado neto. Si cada paloma gana en su vida tantas luchas como las que pierde, su resultado promedio es el promedio de +40 y -10; es decir que a la larga, en una población de palomas, cada paloma obtiene +15 puntos por cada lucha.

Dawkins: “Pero supongamos ahora que en la población surge un halcón mutante. Ya que él es el único halcón que se encuentra en los alrededores, todas sus luchas serán contra una paloma. Los halcones siempre vencen a las palomas, de tal manera que él obtiene +50 por cada pelea y éste es su resultado final. Como resultado de ello, los genes de los halcones se esparcirán rápidamente a través de la población. Producto de esta nueva situación, cada halcón ya no puede contar con que cada rival que tenga enfrente será una paloma. Para tomar un ejemplo extremo: si los genes de los halcones se esparcieran tan rápidamente que toda la población estuviese

formada por halcones, todas las peleas serían entre halcones. Las cosas serían ahora muy diferentes. Cuando un halcón se enfrenta con otro, uno de ellos resulta seriamente herido y obtiene una puntuación de 100, mientras que el ganador logra +50 puntos. Cada halcón, en una población de halcones, puede esperar ganar la mitad de sus batallas. Su promedio de puntos por pelea se encontraría, por lo tanto, entre +50 y -100, lo que da un resultado de -25. Consideremos ahora una sola paloma en una población de halcones. Seguramente perderá todas sus peleas, pero, por otra parte, nunca resultará dañada. Su promedio de puntos obtenidos será de 0 en una población de halcones, mientras que el promedio logrado por un halcón en una población de halcones es de -25. Los genes de las palomas, por consiguiente, tenderán a esparcirse a través de la población".

Tenemos entonces lo que parece una oscilación permanente entre población de palomas y población de halcones. Las palomas no pueden evitar que los halcones proliferen entre ellas, a pesar de que así se reduzca el beneficio neto de cada individuo. Y los halcones, precisamente a causa del castigo que se infringen unos a otros, no pueden evitar la proliferación de palomas. Sin embargo, tal oscilación no se produciría si la proporción entre halcones y palomas fuera tal que todos los individuos tuvieran exactamente el mismo beneficio, sin que importara su comportamiento. Si tal proporción se diera, un aumento del número de halcones no haría más que empobrecer sus beneficios, y otro tanto ocurriría con un aumento del número de palomas.

¿Cómo calcular esa proporción? Supongamos que en una población hay p palomas y h halcones. En esa población, cuando una paloma haya tenido p enfrentamientos con otras palomas, es de esperar que también haya sufrido h enfrentamientos con halcones. Su resultado final, por lo tanto, será:

```
15p + 0h
```

ya que 15 y 0 son, respectivamente, sus resultados promedio ante una paloma y un halcón. Un halcón, por su parte, tras p enfrentamientos con palomas se habrá enfrentado con otros h halcones.

Su resultado final será:

```
50p - 25h
```

ya que 50 y -25 son sus resultados promedio ante palomas y

halcones.

Pero nosotros queremos que el beneficio neto de la paloma sea el mismo que tiene el halcón. Por lo tanto,

$$15p + 0h = 50p - 25h$$

Tras algunas modificaciones sencillas de la igualdad, nos queda que:

$$\frac{p}{h} = \frac{5}{7}$$

de modo que esa es la proporción ideal: 5 palomas por cada 7 halcones.

¿Alcanzará una población de halcones y palomas esos valores, o se trata de una abstracción sin sentido? La respuesta se puede deducir matemáticamente, pero me pareció adecuado “probarlo” con una simulación en mi ordenador. No quedaron dudas. Partiendo de una población de 99 palomas y un solo halcón, la proporción entre palomas y halcones llegó rápidamente a valores muy próximos al predicho, de los cuales no volvió a apartarse significativamente.

(Una aclaración: la proporción indicada es esencialmente correcta para poblaciones muy grandes, pero hicimos trampa. En una población pequeña no debemos olvidar el hecho obvio de que una paloma o un halcón no pueden enfrentarse a sí mismos. Por lo tanto, si hay p palomas, la paloma que tomemos como muestra sólo se habrá enfrentado a p-1 palomas contra h enfrentamientos con halcones; simétricamente, un halcón se habrá enfrentado a h-1 halcones tras luchar con p palomas. Teniendo esto en cuenta para nuestros cálculos, podemos llegar a esta ecuación:

$$35p + 40 = 25h$$

El lector puede vérselas con ella. Para nuestros fines podríamos haber actuado como Dawkins, que no menciona esta cuestión.)

La consecuencia de todo lo dicho es que una población en la que haya 5 palomas por cada 7 halcones no “premia” la proliferación de unos ni otros. El alcanzar y mantener tal proporción es, entonces, una estrategia evolutivamente estable para la especie.

Lo interesante del caso es que esa composición no es, por término medio, lo más beneficioso para los individuos de la población. Es fácil calcular que así un individuo obtiene como promedio un resultado final de 6 puntos y cuarto tras cada lucha, beneficio bastante menor que los 15 puntos que obtendría en una población

enteramente compuesta por palomas. Es decir, que a nuestra hipotética especie le "convendría" un acuerdo entre sus individuos para que todos actuaran como palomas; así saldrían más beneficiados. Pero, como dice Dawkins, tal concentración es propensa "a que se cometan abusos en su seno". Es un hecho cierto que es más beneficioso para todos los miembros el pertenecer a un grupo de palomas que a un grupo de EEE. Por desgracia, en los grupos de palomas la intromisión de un solo halcón supone un éxito tan rotundo que nada puede evitar la evolución de los halcones. La concentración está, por lo tanto, destinada a ser disuelta por la traición desde dentro. Una EEE es estable, no porque sea especialmente buena para los individuos que en ellas participan, sino simplemente porque es inmune a este tipo de traición".

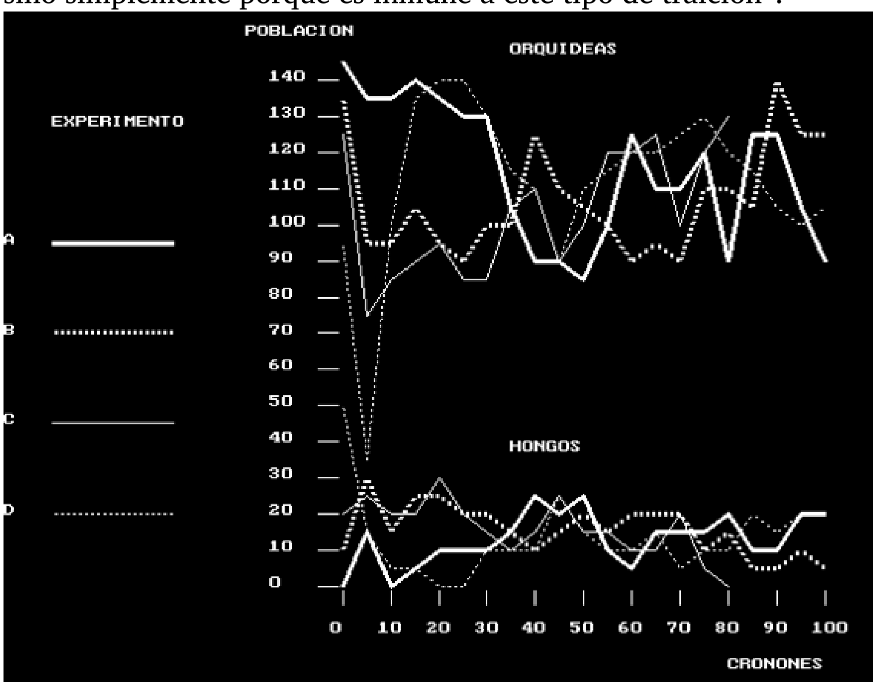


FIGURA 2.b

EXPERIMENTO	A	B	C	D
Población inicial de hongos	1	10	20	50
Tiempo de observación (crонones)	100	100	100	100
Población mínima de hongos	1	2	0	1
Población máxima de hongos	30	32	44	65
Población promedio de hongos	13,6	17,3	18,0	12,8
Población mínima de orquídeas	86	76	75	27
Población máxima de orquídeas	143	139	133	140
Población promedio de orquídeas	114,3	104,9	101,7	112,4
Población total mínima	107	96	90	49
Población total máxima	144	144	144	144

Población total promedio	127,9	122,2	119,7	125,2

Las experiencias con orquídeas y hongos

Hay grandes diferencias entre el modelo de halcones y palomas y el modelo de orquídeas y hongos:

- Cada individuo de la población de halcones y palomas tiene acceso directo y aleatorio a cualquier otro individuo, cosa que no sucede con orquídeas y hongos. En éstos influyen las variaciones locales de la población, mientras que en el caso de halcones y palomas sólo interesa la población global.
- Los halcones pueden sobrevivir sin palomas. Los hongos, por el contrario, no pueden sobrevivir sin orquídeas.
- Halcones y palomas reciben puntuaciones abstractas según su desenvolvimiento. Orquídeas y hongos son premiados y castigados directamente con la vida o la muerte.

Sin embargo, esas diferencias no impiden que la lucha entre orquídeas y hongos los fuerce a adoptar una estrategia evolutivamente estable. El concepto de EEE resiste la traslación a ambientes muy diferentes entre sí. La figura 2 muestra el resultado de cuatro experimentos sucesivos, con una población inicial de 1, 10, 20 y 50 hongos respectivamente. A simple vista se descubre la obstinación de los hongos por mantener su número entre los 5 y 25 individuos. El número de orquídeas varía en consonancia con el número de hongos. La tabla que acompaña a la misma figura presenta otros valores de interés para analizar el comportamiento de ambas especies.

El experimento A muestra que, tal como ocurría con halcones y palomas, basta un solo hongo en la población inicial para que las orquídeas se vean enormemente afectadas. El comportamiento “hongo” recibe grandes beneficios en una población de orquídeas. El único hongo tiene tantas orquídeas a su disposición que se reproduce a gran velocidad. Pero hay una contrapartida para el éxito inicial de los hongos, porque sólo es posible gracias a una disminución del número de orquídeas. A menos orquídeas, menos posibilidades de supervivencia de los hongos. Por eso, la curva

correspondiente a los hongos del experimento A sufre una caída vertiginosa desde los aproximadamente quince individuos que hay transcurridos cinco cronones hasta los casi cero que quedan transcurridos diez cronones.

El experimento D muestra el caso contrario. Una población inicial de 50 hongos encuentra serias dificultades para mantenerse, por el enorme consumo de orquídeas que significa. Por lo tanto, la curva desciende de un modo estrepitoso y luego se sitúa firmemente en los valores estables.

Los hongos del experimento C se extinguieron tras 78 cronones. Esto no significa una excepción a la regla, sino que el bosque es demasiado reducido. Algunos experimentos realizados en un bosque mayor, de 16 X 16 casillas, demostraron que en tal bosque es mucho más difícil que los hongos se extingan, porque tienden a mantener su número siempre por encima de los 10 individuos. El bosque 12 X 12, en cambio, los obliga tantas veces a quedar por debajo de los 5 individuos que las probabilidades de extinción son muy reales. Sería interesante que disponiendo de un programa rápido algún lector hiciese sus propios experimentos en bosques mayores que el mío; en tal caso, me gustaría conocer sus resultados.

Los experimentos A, B, C y D no fueron elegidos especialmente para su presentación en este artículo. Fueron los primeros que realicé en cuanto quedó a punto el programa de ordenador capaz de llevarlos a cabo. Experimentos posteriores no hicieron más que confirmar los resultados, mientras no modifiqué las reglas con que luchaban hongos y orquídeas. Luego se me ocurrió una ligerísima variación, que tuvo consecuencias desmedidas.

Tal como fueron descritas más arriba, las reglas del juego permiten a los hongos cierta “protección mutua”. Supongamos que, en el transcurso de un cronón, un hongo X envía su semilla a la casilla ocupada por el hongo Y; la semilla no germina, y el hongo X muere. Luego si el hongo Y envía su semilla a la casilla del hongo X no ocurrirá nada, porque dicha casilla, ya modificada en el transcurso del cronón, habrá sido “congelada”. El hongo Y se salvará, gracias a la bondad de las reglas.

Hay otras situaciones en las que un hongo puede salvarse “milagrosamente”: si envía su semilla a una casilla vacía, ya inspeccionada y “congelada” por otro hongo, o una casilla donde otro hongo acaba de infectar a una orquídea. En cualquiera de estos casos, el hongo en cuestión sobrevive hasta el siguiente cronón sin haberse reproducido, violando en cierto modo las reglas iniciales.

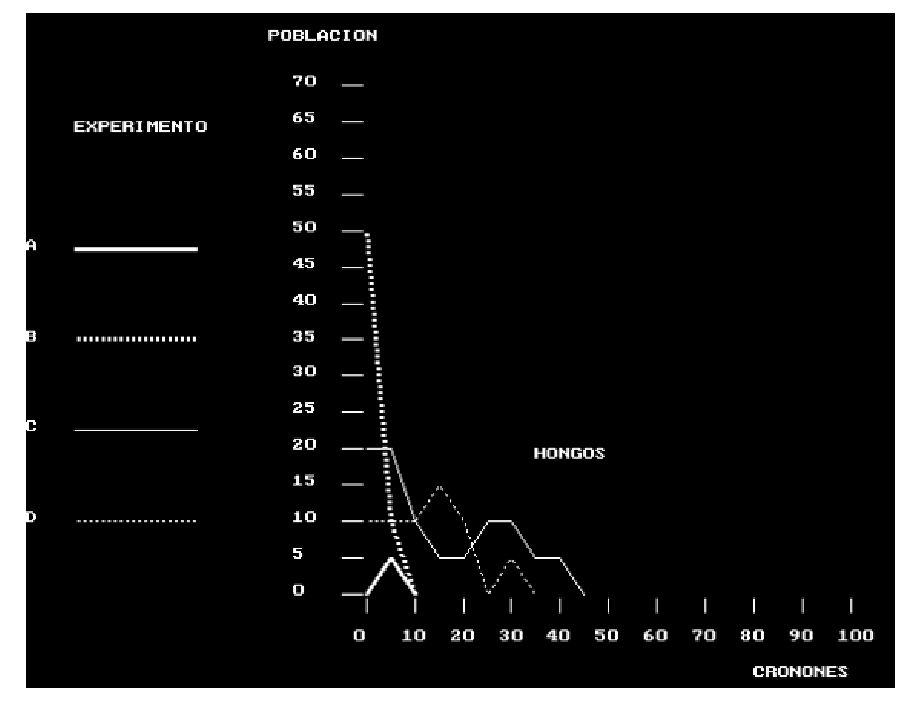


Figura 3

La figura 3 (pág. 61) muestra lo que sucedió al modificar esa cuestión. Allí repetimos los experimentos A, B, C, y D, pero impidiendo a los hongos sobrevivir sin haberse reproducido. Los resultados fueron catastróficos: en ningún caso los hongos sobrevivieron más de 45 cronones. Esto demuestra el punto crítico en que se encuentran las reglas con que iniciamos la experiencia; la vida de los hongos, por decirlo así, pende de un hilo.

Queda por realizar otro tipo de experiencia, que no llevé a cabo. Al hablar de halcones y palomas, Dawkins señala que es indistinto suponer que hay 5 palomas cada 7 halcones en una población estable, o que cada individuo de esa población actúa como paloma exactamente 5 veces por cada 7 veces que actúa como halcón. (De paso, en este último caso se hace innecesaria nuestra aclaración sobre la necesidad de descontar el propio individuo del número de halcones o palomas que haya en la población; en realidad, basta con sólo 2 individuos, cada uno de los cuales alterna aleatoriamente 5 actuaciones como paloma con 7 actuaciones como halcón; en cuanto uno de ellos varíe esa proporción, el otro saldrá ganando, de modo que la estrategia sigue siendo evolutivamente estable). En nuestro caso, habría que descubrir qué ocurre si cada individuo del bosque puede actuar como hongo y también como orquídea. Si la

proporción de actuaciones de un tipo y de otro variara evolutivamente según los resultados obtenidos cronón a cronón, sería posible llegar a una situación estable, donde cada individuo actuaría alrededor de H veces como hongo por cada O actuaciones como orquídea. ¿Cuáles serán entonces los valores de H y O? Si el lector obtiene algún resultado al respecto, le agradeceré que me lo haga saber.

Programando *Orquídeas y Hongos*

Es posible hacer a mano los cálculos de lo que sucede en el bosque de orquídeas y hongos, cronón a cronón, pero resultaría extremadamente lento y aburrido. Por otra parte, no es realmente difícil escribir un programa de ordenador para hacer el mismo trabajo. En dicho programa, el bosque está representado por una matriz de dos dimensiones. A cada casilla se le asigna un valor diferente según esté ocupada por un hongo, una orquídea o un espacio vacío. Es cómodo que esos valores coincidan con los códigos de los caracteres que los representaran en la pantalla; utilizando el código ASCII, empleé el valor 32 para el espacio vacío, el 79 (correspondiente al caracter “O”) para la orquídea, y el 42 (correspondiente al caracter “*”) para el hongo.

En cada cronón se explorará la matriz, casilla por casilla. Cuando aparece un hongo o una orquídea, se da un valor aleatorio entre 1 y 4 a una variable para determinar la dirección en que será lanzada la “semilla”. De tal modo, si la variable en cuestión tiene el valor 1, la semilla irá hacia la casilla situada al “norte” de la inspeccionada; si tiene el valor 2, a la casilla situada al “este”, etc. Según lo que se encuentre allí, se modificará el valor correspondiente en otra matriz auxiliar, donde quedará almacenado hasta que concluya el cronón. Una vez hecho todo este trabajo con cada casilla, la matriz principal tomará los valores almacenados en la matriz auxiliar, se presentará el resultado en la pantalla y, todo empezará otra vez. Para “congelar” una casilla y evitar toda modificación ulterior durante el mismo cronón, basta con ponerla a 0 en la matriz principal, mientras se le da el valor correspondiente a su futuro contenido en la matriz auxiliar; así, al volver a tropezar con ella, el programa puede fácilmente pasarla por alto.

Un comentario final. La simulación por ordenador de complejos procesos del mundo real es un recurso difundido de la investigación científica. En semejantes tareas se utilizan programas inmensos en

ordenadores poderosos, algo muy lejano para quienes, como yo mismo, sólo disponen de un pequeño ordenador doméstico y no conocen otros lenguajes de programación que Basic o Logo, con sus limitaciones, particularmente la velocidad (problema que se podría resolver en parte programando en Pascal). Sin embargo, aún es bastante lo que se puede hacer en estas condiciones; lo comprobé personalmente, experimentando con las orquídeas y los hongos. Por supuesto, el asunto no pasó de ser una cuestión recreativa, pero llegué a vislumbrar un asomo de lo que siente el investigador ante los procesos que estudia. Espero que a los lectores interesados en el tema, con acceso a un ordenador, les ocurra lo mismo. Y que aquellos que no tengan una máquina hayan encontrado el relato lo bastante sugestivo como para que valiese la pena leerlo.

Revelaciones sobre el "Experimental"

Carlos Guarnerio

La noticia sobre el desenlace de la misión Experimental I, consistente en el lanzamiento de la primera estación orbital, fue uno de los hechos periodísticos que conmocionó a la opinión pública durante el año 2008. Tal como es sabido, el proyecto concluyó con la muerte de toda la tripulación: el ingeniero de vuelo Tte. Louis Dellance, el experto piloto Tte. John Adams, el médico de a bordo Cap. Charles Meller y el comandante de la nave Cnel. Ronald Plalerd. Poco se supo sobre lo realmente ocurrido hasta que una filtración informativa permitió conocer algunas anotaciones personales escritas por el propio comandante Plalerd a modo de diario. Las mismas, que publicamos en exclusiva, se extienden desde el 26 de mayo hasta el 17 de junio, que fue presuntamente el día previo a su muerte. Esperamos de esta forma contribuir a poner algo de luz sobre esta controvertida tragedia.

Mayo 26

La situación puede tornarse crítica. Hoy cumplimos seis meses en el espacio y desde la base me avisan que hay una falla en el proyecto del vuelo de rescate. Dicen que la falla podría estar en el año estimado para su lanzamiento. Al parecer, los científicos piensan que el 2008 es una cifra demasiado baja. Lo cierto es que momentáneamente la misión Vuelta a Casa queda postergada. ¡Y soy yo quien debe comunicarle esto a la tripulación! Sólo se les ocurre sugerirme que les hable de lo oneroso que están los alquileres en la Tierra, de lo que cuesta un apartamento con vista al Central Park, mientras que aquí tenemos vivienda gratuita con vista a todos los parques del planeta.

Mayo 29

Mis esfuerzos para pedir aclaraciones resultan inútiles. Intenté

comunicarme pero fue en vano. Primero, el jefe no estaba. Después, que la comunicación debía pagarla yo. Luego, daba ocupado. Y finalmente la mayor sorpresa: en la base pusieron un contestador automático. Debo comunicarle a mi gente qué es lo que pasa.

Mayo 31

Junté valor y finalmente hoy logré decírselo. La primera consecuencia fue que la disciplina se relajó por completo. El Doc colocó en la puerta del consultorio el cartel “vuelvo en 10 minutos”, sólo que tachó “minutos” y lo reemplazó por “horas”. Y John y Louis decidieron rehusarse a realizar la caminata espacial reglamentaria en torno a la nave, salvo que los autorizara a que lo hiciesen escuchando música caribeña y bailando en la formación conocida en las cantinas como “tránsito”.

Junio 3

En un nuevo contacto con la base pedí enérgicamente explicaciones sobre la demora del rescate y se me dijo que en realidad era una cuestión política: ¡justo ahora a un senador demócrata se le ocurrió presentar una iniciativa de reducción de los gastos en investigación espacial! Para colmo se me pidió que haga una encuesta a bordo sobre la opinión que suscita esta iniciativa, y me recomiendan que al difundir los resultados sea lo más político que pueda. Espero que parezca convincente el resultado que envié: 100 % contesta no sabe-no contesta.

Junio 4

Más problemas. Desde siempre, John tenía la costumbre de hacerse el homosexual. Ahora ha asumido el papel por completo. Y cuenta con la activa colaboración de Louis: no sólo comparten la recámara, también comparten el traje espacial.

Junio 5

A pesar de todo, la NASA se encarga de que allá abajo nuestras vidas sigan su curso. ¡Me avisan que ya he sido padre! Pensar que cuando salí ni siquiera tenía esposa. Espero volver para conocerlos a ambos.

Junio 7

Las cosas siguen complicándose. Louis enfermó repentinamente, y el Doc se niega a atenderlo porque olvidó en tierra su carnet de Seguridad Social. La situación parece seria. Durante los últimos días el único signo vital que mostró fue un ligero parpadeo que cesó cuando le extrajimos la basurita que le había entrado en el ojo.

Junio 9

Creo que Louis ha fallecido. John no lo admite, dice que se hace el muerto. De ser así, confieso que lo hace muy bien. Por su parte el Doc sigue insistiendo con que se trata de una somatización. Yo lo único que sé es que el cuerpo hace dos días que huele muy mal.

Junio 10

¡Parece haber cierta reactivación en el proyecto "Vuelta a Casa"! Hay mayor interés: siguen hablando de postergación, pero ahora lo hacen mediante el servicio de Mensajes Cantados. Y al menos prometen un simulacro de rescate. Aquí arriba la tarea se les ha simplificado: tendrán que llevarse uno menos. He logrado que la muerte de Louis fuera consensuada. Fiel a mi estilo horizontalista, convoqué a una asamblea. La moción de que estaba muerto fue aprobada por tres votos a favor y una abstención. John vive la situación dramáticamente. Habla de que para él ha sido una pérdida irreparable, en especial en cierta parte.

Junio 11

¡Oh no, es increíble! Me avisan que el simulacro fue un éxito, y que consistió en una escenificación del retorno para la cual contrataron a varios dobles. Y por si los problemas fueran pocos, es obvio que John desvaría: vi que se dejaba como recordatorio un papel con la inscripción “Mañana vence la luz”; y ha comenzado a pintarse las uñas, pero no en las manos sino en la frente.

Junio 13

El clima de depresión se torna insostenible. El Doc se refugia en un entusiasmo hipomaníaco. Ya no celebra los años de vida, ni siquiera los meses: celebra los días. Cada jornada hace una torta y pretende regalos. Por su parte John se muestra totalmente vulnerado por la depresión. A pesar de esto sigue siendo el disciplinado oficial cuyo prestigio en tal sentido le valió ser seleccionado para esta misión. Es que ha decidido suicidarse, pero sometió su decisión a que fuese aprobada en asamblea. Hoy está exultante porque finalmente logró la aprobación.

Junio 14

Somos dos. John lo hizo. La inspección que realicé en su recámara reveló que fantaseaba con volver de cualquier manera. El formulario de solicitud de visa y pasaporte fue prueba suficiente. Además hubo un desencadenante: quizás no fue apropiado pasar el video de “2001, Odisea del Espacio”. Notificado de la muerte, el Doc se encerró en el baño. Ya lleva allí catorce horas. Tuve que hacer un acta para justificar el uso inapropiado que hice de la pileta de la cocina. Tratando de evitar ulterioridades, no hablé de “motín” sino de “constipación”.

Junio 15

Salió. No por sus propios medios: tuve que sacarlo, y sin vida. También en este caso, la inspección de la recámara me brindó

algunas claves. Aquel entusiasmo hipomaníaco derivó en una auténtica megalomanía. Certifica esto el hallazgo de dos notas autobiográficas tituladas “La muerte no se hizo para mí” y “Yo y mi circunstancia: historia de dos grandes”, más una inscripción en la pared que rezaba “Soy inmortal, pero a veces temo olvidarme”.

Junio 16 - 12 hs.

Un dolor que hasta aquí no mencioné comienza a hacerse intolerable. Ya abarca todo el abdomen. Al respecto, recuerdo que días antes de morir el Doc me comentó que una temporada en la cámara de suspensión criónica no me vendría nada mal. Para colmo,

Junio 16 - 12.50 hs

entre sus papeles encontré un trabajo que pensaba presentar en un congreso, titulado “Desarrollo del cáncer en el espacio exterior”. No puedo evitar

Junio 16 - 13.02 hs

ciertas suspicacias. Y además creo que tengo

Junio 16 - 13.20 hs

dificultades para concentrarme.

Junio 17

Me siento terriblemente mal. Hoy tuve la sensación de que me iba de mi cuerpo, de que ascendía por un túnel iluminado. ¡Más arriba todavía! ¡Espero que el Más Allá no sea otra estación orbital! Luego volví a sentirme en el cuerpo. Pero creo que no fue una cancelación del viaje final: tan sólo quedó postergado por algunas horas.

La Tripa de Dios

Eduardo J. Carletti

I. LEYENDA

Los tres niños corren a lo largo de la línea hasta que se estrellan contra la pared palpitante y se paralizan. corren. corren a lo. palpitante. palpitante. Los tres niños corren a lo largo de la lí. y se paralizan. se paralizan. se paralizan. a lo largo de la. tres niños. de la. se parali. parali. Los tres…

Los tres niños corren a lo largo de la línea hasta que se estrellan contra la. Los tres niños corren a lo largo de la. a lo largo de la línea hasta que se estrellan contra la pared palpitante y se paralizan. Los tres. a lo largo de la línea hasta. contra la pared. y se paralizan. contra la. y se. y se paralizan.

Eran tres; *tres*. Uno se llamaba *Viento* o *Arena*, o algo parecido. Así dicen.

El otro se llamaba Adiós, o a lo mejor era algo más completo, algo así como *A Dios* o *Macumaitalipelehua*. También dicen que lo llamaban Quetal. O Quilepi. Y hasta puede ser que sea inca… o descendiente de los incas.

Y el tercero no tenái nombre. O quizás tenía un nombre de silencio. Puede ser que se llamara Juan o Jesús; nadie lo sabe muy bien. El tiempo pasó hiriendo y arrebató la claridad, todo se fue anontonando como arena y se hizo confuso, se *mezcló*. Así son las cosas en la Tripa, en la Tripa de Dios. Ahí nada es seguro; todo es errático. No hay Tiempo ni Espacio, ni siquiera Espaciotiempo. Es todo Tripa. O agua.

Sólo circula.

Pero busquemos un principio. Sí, dije *un principio*; porque las cosas acá, en la Tripa, pueden tener un principio; hasta eso pueden. Sé que los confundo, niños, pero les pido paciencia… Dije un principio. Un *principio*.

Así fue: eran tres niños perdidos. Quizás ni siquiera estaban perdidos, simplemente *jugaban*. Se acercaron a esta cosa por primera vez en la historia, o al menos por primera vez en la historia *registrada*. Se acercaron vagando o perdidos, dicen, y se sorprendieron mucho. Sí, claro, se sorprendieron. El silencio es poco

antes esta cosa, ustedes mismos lo pueden ver, pequeños. No hay mucho que se pueda decir, más bien debe *vivirse*.

¿Cómo? ¿Que qué fue lo que dijeron?

No podría afirmarlo, pero en algún recodo quedó el eco y la Tripa todavía lo repite. Alguien dijo alguna vez, en algún tiempo y espacio, aunque —insisto— no es seguro que fueran ellos: *¡Mierda, la Tripa de Dios!* Eso dijeron.

Y así quedó.

Es un desierto gredoso y seco, terriblemente seco. Tan seco que el agua en un recipiente sube por las paredes y se derrama en él. Es un fenómeno extraño, al que se le llama “sequedad positiva” o “sequedad extrema”. Ambas versiones del nombre son correctas y aceptadas. Sólo ocurre ahí. Cerca de la Cosa.

La Cosa tiene un nombre: se llama La Tripa. O más concretamente La Tripa de Dios. El nombre no se lo puso definitivamente alguien. Nació de la leyenda y de un eco. Algo también extraño.

Fueron unos niños: eso se supone. *Tres niños*. Perdidos o jugando. No se sabe bien. El silencio y el ruido y el azar.

> COMENTARISTA UNO: Es como un tubo que se infla y se angosta y se ensancha y a veces parece… parece… ¡que está por explotar!
> LA TRIPA: nnnn
> COMENTARISTA UNO: Y sí, y hasta da la impresión de que… Es como si…
> LA TRIPA: nnnn
> COMENTARISTA DOS: Es increíble. De verdad, no puedo creerlo. Esta cosa…
> COMENTARISTA UNO: ¡Ay!
> LA TRIPA: nnnn
> COMENTARISTA UNO: ¡Ay, midios!, yo diría que ya…
> LA TRIPA: nnnn
> LA TRIPA: nnnnn
> LA TRIPA: nnnnnn
> COMENTARISTA DOS: ¡Salgamos de aquí!
> LA TRIPA: (Etcétera. Etcétera. Etcétera.)

II. CANTO DE NUESTRO SEÑOR EL DESOLLADO BEBEDOR DE LA NOCHE

Oh Bebedor de la Noche, ¿por qué ahora te disfrazas?
Ponte tu ropaje de oro, revístete de la lluvia.

III. LA TRIPA

No hay ninguna duda: es terrible, casi imposible, intentar alcanzarla. De todos los que se lanzaron a la aventura, ninguno fue más veloz que Lumo. El encontró el método casi sin pensarlo, de un modo inconsciente, intuitivo. Y llegó.

Fue el primero.

Lumo era coleccionista. Venía juntando cosas desde los seis años; cosas pequeñas que le llamaban la atención: piedritas, caracoles petrificados, insectos coloridos, utensilios indígenas milenarios, pieles de víbora, minerales cristalinos, estatuillas chinas, monedas… Cualquier cosa podía ser suficientemente interesante como para que la guardara. Pero no una cosa cualquiera. Lumo *sabía* coleccionar.

Vivía solo en su camión jaula, un inmenso Scania rojo que reinaba con imponencia sobre el campamento. Llevaba una vida placentera; se sentaba en una mecedora de paja y caña y se dedicaba —insistía en eso cada vez que volvían a preguntárselo— a esperar. Alguna vez dijeron que estaba loco, que no sabía lo que hacía. A muchos le causó risa. Todos en el campamento sabían lo que opinaba de las peregrinaciones y casi todos estaban de acuerdo con él. Al menos todos los que no tenían otra teoría que defender.

Lumo esperaba.

Sobre uno de los costados del semi remolque había instalado una tapa que se abría hacia abajo y hacía las veces de mostrador. Cuando necesitaba dinero no tenía más que acceder a las propuestas de algún transeúnte fascinado con una pieza de su colección. Por lo general entregaba lo que él quería y casi nunca lo que le pedían. Pero se iban contentos.

El campamento estaba en el cruce de la ruta 8 y 188, a pocos kilómetros (eso decía el cartel) de la ciudad de Luján. El tránsito era escaso. Los viajeros se quedaban una noche, contaban sus penas y esperanzas, y luego se iban seguros de que podían llegar a algún lugar. A veces volvían de inmediato, tropezando con el campamento en medio de una experiencia que se les hacía alucinante, porque estaban seguros de que se habían alejado. Otros no volvían jamás.

A veces Lumo intentaba convencerlos, ya que había

descubierto que no se podía *ir* hacia ella porque entonces ella te rechazaba, pero los viajeros jamás escuchaban. El los saludaba con una sonrisa leve, deseándoles suerte de todo corazón. Y seguía esperando.

Porque esperando llegaría.

La Tripa, explicaba a veces, es sensible a los campos de energía, y más sensible cuánto más compleja sea su forma. En el cerebro hay una gran actividad eléctrica que genera campos. Los campos del cerebro son *muy* complejos. De la interacción de los campos del cerebro humano con la Tripa pueden surgir todo tipo de respuestas. Los pensamientos, cuando son ocultos, tienen más fuerza, y no sabemos bien *qué* pensamientos tenemos ocultos. La Tripa es sensible a los campos de nuestros cerebros. Les da forma; los materializa…

La Tripa, en aquella época, era dueña de la realidad.

El camión de Lumo no era muy común. Había sido, antes de que empezara la nueva era, un transporte de vacas. Lumo había cubierto la jaula con una pantalla de vida. Sí, así como suena. Atrás de las tablas de la caja, por dentro de un sandwich de blindex y aglomerado, pululaban millones de seres de pensamientos lisos y estructurados; una pantalla viva. La Tripa ondulaba la realidad, por decirlo de alguna manera, destruyendo los esfuerzos de los hombres por ordenar de algún modo su entorno. Las computadoras contestaban números enteros cuando se les pedía la razón de la circunferencia de un círculo al diámetro del mismo. El metro patrón podía caber cuatrocientas, siete millones o sólo tres veces entre el monolito en la plaza del Congreso y Mar del Plata. Una ruta en línea recta podía llevar al mismo lugar en ambos sentidos. Los electrones desobedecían a los campos y se escapaban por las cubiertas aislantes de los chips. Leer un libro era asomarse al caos. Lo único que escapaba a las ondulaciones —sin que se supiera el porqué— era la vida; los entes con vida. Y por eso el camión estaba recubierto por un gigantesco formicario que mantenía aislado su interior de las ondas distorsionadoras de realidad.

Lumo dedicaba horas al cuidado de sus hijas. Había instalado rampas para que pudiesen salir a explorar y buscar su alimento, y por eso las mantenía cerca de terrenos con vegetación abundante. Renovaba periódicamente los sandwiches de tierra sostenida con aglomerado para que los hormigueros no se derrumbaran; las proveía de agua, azúcar y zumos frutales. Las observaba; las defendía. Y sus hijas le respondían existiendo. Viviendo. Sustentando su realidad.

Lumo tenía muchos fósiles. Cuentan que una vez llegó al cruce una expedición norteamericana que venía a investigar la Tripa. Hubo un altercado en el campamento porque los marines quisieron apropiarse de los turnos de las mesas de pool, comprando la totalidad de las fichas. En medio de la batalla, que dejó muchas caras amoratadas y labios partidos, un grupo compuesto de tres o cuatro oficiales intentó robar los trilobites de Lumo. Al abrir el camión tropezaron con algunos cables que unían el rack de computadoras con la mesa de experimentación. Los brazos robóticos se volvieron locos —esa es la versión oficial de la anécdota— y destrozaron a los infortunados militares. Lumo declaró que no había preparado ninguna trampa y que todo había sido accidental. Los hombres del campamento rieron a carcajadas. Dos semanas después de la partida de los norteamericanos apareció una banda de motociclistas coreanos. Todos notaron de inmediato que usaban las ropas, botas y equipos de los marines. El campamento los recibió con frialdad; se les vendió un par de suministros y combustible pero nadie les ofreció alojamiento. Mientras partían ruidosamente rumbo al oeste, las carcajadas estallaban una vez más. Se bromeó durante semanas. *Chinos: 25 - Yanquis: 0*, decía un cartel que habían pintado sobre un paredón semiderrumbado. Causaba risa.

Entre los fósiles de la colección, el más raro era poco llamativo, aunque espectacularmente único. Lumo había escuchado ofertas disparatadas por él, pero no pensaba venderlo jamás. En parte porque lo apreciaba; pero más que nada porque tenía miedo.

El fósil parecía poca cosa. Es más, si uno no sabía dónde mirar no parecía un fósil sino una simple piedra. Pero si se observaba con atención (la piedra era más o menos esférica pero tenía un lado pulido que permitía ver su interior cristalino ahuecado y lleno de agua) se apreciaba una criatura delgada, como hecha de alambre, aferrada sobre una de las paredes de cuarzo cristalino. Sólo Lumo sabía el terrible secreto: la criatura estaba viva. Si uno la miraba durante mucho tiempo —en el orden de meses— descubría que se movía con lentitud extrema, recorriendo la cavidad continuamente, como si quisiera salir. Un tigre encerrado durante miles de millones de años (la piedra era volcánica y muy antigua), paseándose con impaciencia por su jaula. Los escalofríos que le producía eran indescriptibles: esa cosa no tenía de qué alimentarse. Lumo la había mantenido en la oscuridad durante dos años para ver si obtenía su sustento de la luz (lo que era una idea insensata, ya que antes de que le pulieran una cara la roca debía haber sido completamente opaca, de modo que la criatura, si dependía de la luz, debería haber muerto mucho tiempo atrás), pero su vitalidad no disminuyó en absoluto. Le quedaba una sola posibilidad: que se

alimentara por conversión directa de masa en energía; todos los otros cálculos daban mal. Debía de ser una forma de vida terriblemente primordial. Y a Lumo le estremecía la idea de que una cosa así pudiese estar suelta sobre el mundo. Por eso la cuidaba. Se sentía su guardián.

Sus clientes más importantes eran los arácnidos. Ellos venían en silencio, señalaban la pieza que deseaban, pagaban si Lumo asentía o si no se retiraban tan en silencio como habían llegado. Nunca discutían ni insistían. Si algo les interesaba mucho volvían a señalarlo la próxima vez que se acercaban. Una y otra vez.

Ni Lumo ni nadie sabían nada de lo que ellos hacían o pretendían. Se movían con lentitud, majestuosamente, y al parecer en forma azarosa, por los campos de alrededor. Sus formas aracnoideas eran producto de manipulación genética combinada con cirugía y cibernética. Casi no parecían humanos. Sus cabezas desaparecían dentro de un complejo aparato lleno de lentes, prismas y espejos cuya función —había escuchado— era distorsionar la visión de esos extraños hombres. Decían que estaban a la búsqueda de "la rareza". Que sólo comprendiendo lo extraño podrían comprenderse a sí mismos. Lumo no podía entender del todo el razonamiento, pero lo respetaba. La Tripa había despertado un sentimiento místico general y habían nacido una infinidad de sectas con ideas de lo más variadas. Estaban los Recitadores, los del reflejo cruzado, los Bebedores de la Noche, los Cavadores, los Irrealistas, los Arácnidos, y muchísimos más. Lumo sentía muchas veces la necesidad de penetrar en esas filosofías, de buscar su realidad, especialmente cuando presenciaba las largas ceremonias de los Recitadores, que abundaban en el campamento, pero por el momento se mantenía apartado o al menos reservado respecto a sus ideas porque veía que había demasiado fanatismo opresor en los que pretendían enrolarlo y eso no le gustaba. Era un tipo esencialmente libre. *Necesitaba* la libertad.

Dicen que una noche la Tripa estuvo muy cerca y Lumo escuchó algo raro. Desde ese día Lumo cambió. Estaba triste; hablaba poco. Los equipos que había comprado la semana anterior quedaron afuera, sin desarmar, oxidándose. Eso sorprendió a sus amigos. Lumo tenía una provisión fantástica de suministros electrónicos y mecánicos de precisión, que guardaba en su camión con gran cuidado. Cuando compraba un equipo era común verlo trabajar desmontándolo hasta que las partes entraban en el camión. Nunca permitía que algo útil se arruinara. Era *muy* cuidadoso.

No se sabe muy bien lo que pasó en esos días, pero no nos preocuparemos, ya que fueron pocos y sin importancia. Al parecer

los vecinos desarmaron las máquinas como pudieron, embalaron las piezas y las guardaron. Lumo vagaba distraído por los cerros cercanos, arrancando arbustos y pateando piedras. Lo acompañaba un perro, aunque es muy posible que él ni lo viera. Estaba abstraído, triste.

Sus amigos también se preocupaban. A la tarde, durante las interminables mateadas, hablaban de él. Todos proponían soluciones, pero en realidad nadie sabía qué hacer.

Lumo vagó unos días. Eso es lo que se sabe.

Poco tiempo después se encontró con ella. Y entonces Lumo volvió a cambiar.

IV. DE LOS PEQUEÑOS CANTOS EN LAS CASAS DEL CANTO

> Sólo venimos a dormir, sólo venimos a soñar:
> no es verdad, no es verdad que venimos a vivir a la tierra.

V. DOBLE VISION DEL SILENCIO

Es una suerte que las imágenes de los dos se hayan perdido en el tiempo. Ella era rara pero atractiva, una morena de estatura media, nariz grande y mirada melancólica. Lumo tal vez fuera un hombre rubio, delgado y pequeño de ojos eléctricos. Dicen que tenía una melena larga y espesa, siempre limpia y resplandeciente, que a veces ataba en trenzas que le llegaban hasta la cintura. Pero nada de esto es seguro. El tiempo cambió la tonalidad de las apariencias, fue esfumando texturas, perfumes y caracteres hasta que la pátina tomó el color de la leyenda.

La historia es dolorosa.

Ellos se amaban, se amaban de verdad, pero no podían hacer el amor.

Ella no podía.

No es que hubiese un impedimento físico, ni siquiera una traba psicológica; cualquiera de las dos cosas se podría haber curado, y si no se podían curar al menos admitían la posibilidad de intentarlo. Pero ella de verdad no podía. Era una mitad. Tenía un nódulo cerebral que esperaba respuestas y no las recibía, porque el

emisor había muerto. El nódulo no era un implante —un implante se puede retirar— sino parte de ella; había crecido con ella, *en* ella. Y ahora le faltaba una mitad.

Había querido morir.

Había llamado, deseado, rogado, aullado, llorado por la muerte. Lo había intentado. Pero seguía viva.

Semiviva.

La había encontrado en un arenal, casi muerta. No era un cuerpo pequeño y él no era un hombre grande, pero de cualquier modo se las arregló para llevarla hasta el camión. Se dio cuenta enseguida de que estaba intoxicada o envenenada. Buscó desesperadamente en los bancos de datos hasta que aprendió como salvarla. Estuvo dos días sin moverse de su lado, cuidando que no se alejara más de la vida. La alimentó por vía endovenosa. Le aplicó shocks eléctricos en varias ocasiones, cuando su corazón se detenía. Esperó, retorciéndose las manos, que se despertara bien, que no hubiese quedado descerebrada. Cuando ella empezó a volver de la nada y se agitaba atacada por las pesadillas la acariciaba con suavidad y lavaba su cara llena de sudor. De día le ponía música, de noche la observaba. Una tarde ella abrió los ojos y lo miró un largo rato en silencio. A él le pareció una eternidad. Cuando ella se dio vuelta y se durmió profundamente, Lumo se echó en una colchoneta que había puesto al lado de la cama y descansó por primera vez en días.

Lo despertó el aroma a café.

—¿Por qué me salvaste? —preguntó alguien. La voz era dulce aunque algo ronca. Tenía rastros de dolor. De miedo.

—No hubiese podido dejarte ahí —respondió simplemente mientras se levantaba a ayudar. No podía decirle que después de haberla visto ya no podría soportar el silencio y la soledad. No podía decirle que su pecho se inflaba con un dolor sordo y sus manos *deseaban* estar en ella. Había soñado mil veces que ella se despertaba y él podía decirle *todo*, pero ahora no se animaba. Había algo en sus ojos. Y en la voz.

—Cuando me vaya, lo volveré a hacer… —afirmó ella.

Lumo se estremeció. Lo decía de verdad.

—No te vayas —fue lo único que pudo decir.

Ella lo miró y no contestó nada.

Se sentaron a desayunar. A ella le gustó que él ayudara. Le gustó que buscase una lata de galletitas y las pusiera en una bandeja. Le parecía hermoso que tomase las tazas y las acomodase

una a cada lado de la pequeña mesa. Ella no podía desayunar todo eso —su estómago no lo resistiría— pero de cualquier modo le gustó el gesto. Se acomodó frente a él mientras servía el café. Y luego estudió sus movimientos. La posición de los dedos sobre la taza. La mirada que se escurría sobre las cosas con timidez.

Le gustó.

—¿No vas a tomar el café?

—Tomé un poco de tu caldo —contestó como disculpándose. El café sería un baño de ácido para su estómago inactivo durante días.

—Entiendo.

El quería mirarla, sin embargo la rehuía como si tuviera vergüenza. ¿Sería timidez? ¿O es que no soportaba algo?

—¿Hay algo malo?

—No… Nada.

Pero lo había. Tenía miles de cosas para decir y no podía. Eso era malo.

Ella esperó que terminara el desayuno y luego se levantó y volvió a su cama. Lumo levantó la mesa y acomodó las cosas en su lugar. Luego se acercó en silencio y le acarició el cabello con suavidad. Ella respiraba rítmica, profundamente.

VI. RECITADORES

(Arde un fuego de leña. Lumo escucha con atención. El hombre recita su parte con ritmo pausado y dicción excelente:

—…nunca reprimir impulsos naturales del ser humano, salvo que impliquen daño directo o indirecto, o posibilidad de daño futuro para otros individuos, bienes o el entorno en general, como hicieron las principales religiones, en muchos casos por razones oscuras y egoístas, por ansia de poder, o por simple abuso de ese poder obtenido por el miedo, y a veces en cumplimiento de caprichos o venganzas o reivindicaciones personales de los hombres que lo detentaban…

Lumo sonríe aprobando. El Texto es extenso, pero nunca aburrido. Los temas se diversifican y saltan de simples preceptos a anécdotas entretenidas, en algunos momentos hasta graciosas. Hay partes explosivas que elevan el nivel emocional para despertar al oyente amodorrado. Pero Lumo nunca se adormila. Para él estas reuniones son un fenómeno social único que lo fascina sólo por existir. Lumo, cuando

asiste, no quiere perder detalles. Por lo general son mucho más interesantes las interrupciones que produce un Recitador en el Texto cuando así lo siente, esos vacíos colmados de silencio más que significativo, que el texto en sí. Las palabras, frases o párrafos que no se recitan cobran un peso mayor porque no son dichas, porque la mente acostumbrada al Texto las hace resaltar, relucir en primer plano por su mera ausencia, gracias a la fuerza del silencio que se apodera de todos, haciéndolos meditar.

La secta es flexible. No hay reglas definidas ni prohibiciones. Cada Recitador puede obviar las partes que quiera. Luego, si el consenso es grande…

Lumo detiene el rumor de sus pensamientos. El Recitador termina una frase y, haciendo uso a su derecho de opinión, queda en silencio. Dos, tres, cuatro, siete, diez, quince, diecisiete segundos. Lumo cuenta mentalmente, tratando de recordar la parte eliminada por el orador. Los demás Recitadores, los que por el momento son escuchas, colocan sus manos en posición, expresando su parecer. Un ayudante inscribe las marcas correspondientes en el Libro. La frase arranca en medio de una oración, ahí donde el orador considera que el Texto vuelve a ser acertado. A lo largo de los años las marcas acumuladas en miles de ceremonias repetidas noche a noche causarán modificaciones en el texto original, donde consta la filosofía completa de la secta de los Recitadores. Una frase que fue anulada muchas veces desaparecerá. Un cambio insistente en la forma quedará ahí para siempre. Hasta pueden haber inserciones —de hecho el Texto se formó así-si las opiniones coinciden lo suficiente. Es un método que Lumo aprueba; el mejor que ha visto en todas las religiones que conoce. Por eso, aunque no pertenece a la secta ni comparte todas sus ideas, gusta de participar de tanto en tanto como oyente.)

VII. UN SIMULACRO SILENCIOSO

Las crónicas no registran nada de los seis meses siguientes. Es probable que haya sido un período atroz para Lumo, ya que la chica era muy, muy especial y era imposible que respondiera a su amor silencioso y tenaz.

Dialis —así se llamaba ella— había perdido una mitad de su ser. No era una forma de decir ni una metáfora. Pertenecía a un grupo muy especial: los del reflejo cruzado. Vivían desde su nacimiento en contacto directo con un compañero. El contacto entre ellos no era el contacto que podemos imaginar o definir nosotros.

Ellos percibían doblemente. Sus percepciones se sumaban. El nódulo cerebral no sólo recibía lo que el otro veía, olía, palpaba u oía, sino todas y cada una de sus sensaciones corporales: latidos del corazón, desplazamiento del diafragma, pulso y respiración, frío o calor, dolor o placer, sentimiento… Cada percepción llegaba, se unía a las del receptor, y se volvía a emitir. Para ellos, un instante de amor era una borrachera de sensaciones que se realimentaban hasta el infinito. Cada cual sabía como ningún amante supo jamás lo que sentía su compañero. Sabía *cuánto* y *cómo* lo amaba el otro. Eran de verdad, ya no metafóricamente, uno solo. Un único ser compuesto de dos conciencias. Una conciencia única englobando el cuerpo de dos seres.

Los implantes eran en gran parte orgánicos. Los biochips se insertaban en el feto cuando sólo tenía semanas. El cerebro crecía alrededor de los contactos abiertos hasta que los filopodios del tejido nervioso embrionario iban encontrando los marcadores y se definían las conexiones. A las ocho semanas de vida los fetos ya estaban intercomunicados. El aprendizaje empezaba de inmediato y era único para cada pareja. Nadie podía reemplazar un compañero perdido. Los implantes estaban sintonizados y la irrepetibilidad del aprendizaje —había millones de variables— hacía imposible la comunicación con otro individuo. Un implantado que perdía su mitad era un ser incompleto. Una entidad destrozada. Semiviva.

El compañero de Dialis había muerto. Los detalles de la tragedia se perdieron y no tienen importancia en esta historia. La cuestión es que ella estaba sola. Más sola que nadie en un mundo de soledades. Estaba quebrada. Incompleta.

Ella hizo todos los esfuerzos posibles para reintegrarse a la raza humana. Veía el sufrimiento de Lumo. Lo apreciaba. *Deseaba* poder amarlo. Pero cuando estaba muy cerca de Lumo sentía como si él fuera una estatua sin vida, un simulacro silencioso, duro, frío, muerto. Insoportable.

El día que quiso explicárselo se quedó sin palabras. El la miraba con dolor, con un dolor inmenso y sólido que los aplastaba a los dos. Había salido del camión porque el aire se le escapaba de los pulmones.

El se había quedado en la puerta con los brazos caídos.

Dialis no quería dejarlo ahí. Le hizo un gesto con la mano.

—¿Vamos? —invitó.

El asintió. Bajó la rampa. Se puso a su lado.

Silencio. Silencio.

—¿A dónde?

Ella se encogió de hombros pero no contestó. Caminaron.

El arenal bordeaba un hueco en el terreno que parecía hecho por la punta de un paraguas colosal. Tendría trescientos metros de diámetro. A unos noventa metros de profundidad se veía la superficie casi negra del lago interior. Una senda de lajas destrozadas rodeada por un mar de latas oxidadas de gaseosa recordaba que había sido un lugar turístico. Todavía se podía ver un rastro rojizo de pintura sobre el cartel de recepción. Lumo había descifrado parte del texto: *POZO D… …S …NIM…* y más abajo, en letras pequeñas que flanqueaban una gran flecha indicadora: *M… … DO… 403 KILO… TR…* Nunca había encontrado quien supiera qué era esa ignota M… La flecha apuntaba hacia el norte y al norte sólo había… ¿El mar?

Lumo no sabía bien qué había hacia el norte. Cuando la Tripa estaba cerca, del lado norte del cruce llegaban otro tipo de viajeros. Cavadores, casi siempre. Ellos hablaban poco y parecían perdidos. Pedían pescado para cenar y se mostraban sorprendidos cuando les decían que no, que en ese campamento no había. Sufrían mucho. Sus herramientas se mellaban en el suelo de la zona, lo que causaba risa a los insensibles. Lumo sabía qué buscaban, aunque no entendía por qué. Lo importante es que preguntaban por la playa y por ahí no había ninguna. Cuando les decían eso fruncían el ceño y los miraban como si estuviesen locos. Se pasaban todo el día cavando mientras sus mujeres dibujaban diagramas llenos de líneas onduladas. En el campamento se burlaban continuamente. Lumo jamás se reía de los demás, y gracias a eso conocía dibujos del subsuelo de la zona norte. Las líneas de esa zona estaban mucho más apretadas, de modo que los diagramas se componían de varias láminas transparentes superpuestas donde aparecían colores nuevos. Eran maravillosos.

Cuando la Tripa se alejaba, los Cavadores desaparecían. Nadie sabía cómo ni por qué. Lumo deseaba que volviesen pronto. Las mujeres de los Cavadores usaban unos collares de caracoles que le gustarían mucho a su compañera.

—¿Fue aquí? —Dialis señalaba una hondonada suave desprovista de vegetación.

Lumo reconoció el lugar y se estremeció. Ella había dicho que lo volvería a hacer… Quiso contestar pero la garganta se le había cerrado. Se acercó corriendo.

—¡Aquí está!

Dialis estaba en cuclillas y levantaba algo con suavidad.

Lumo vio un objeto pequeño de color amarillento. Se abalanzó sobre ella antes de que terminara de cerrar los dedos.

—¡No! ¡No lo hagas!

La tomó de un brazo.

Ella se incorporó como una tigresa en celo y le dio un empujón. Tenía fuerza; Lumo trastabilló y tuvo que soltarla. Cayó sentado.

Dialis puso el animalito sobre una piedra chata y lisa. Lumo vio que no era más que piel y huesos, una momia minúscula desecada por el sol del arenal. El color amarillo de la ranita seguía siendo tan brillante como cuando estaba con vida, pero la piel estaba arrugada y reseca. La carne había desaparecido. Ya no representaba ningún riesgo.

Ella tomó varias piedras y las fue acomodando encima del cadáver.

—Sólo segregan veneno cuando están en peligro —explicó—. Apreté poco, pero el alcaloide es poderoso; ataca directamente las células musculares, produciendo contracción. La ranita debía estar muerta antes de que el veneno llegara a mi sistema nervioso. —Levantó los ojos y los fijó en él. Estaban llenos de lágrimas—. Fue una muerte inútil.

Lumo entendió enseguida. No dijo nada.

Ella captó el instante. El entendía. *Entendía.* Tomó la gema que llevaba colgada del cuello y la acercó a la cara de Lumo. Era una piedra cristalina con forma de lágrima. Lumo levantó la mano para agarrarla, pero ella movió su brazo izquierdo y lo detuvo.

—Sólo quiero que mires.

La gema tenía algo en su interior. Ella la puso frente a sus ojos y entonces pudo leer lo que decía:

No hay forma de que dos seres humanos se comprendan completamente. En cada momento dos personas que suponen comunicarse están sintiendo cosas diferentes, interpretando de otro modo cada idea o concepto, viviendo sensaciones y tiempos corporales distintos. A veces, sólo a veces, hay instantes mínimos de comprensión, en los cuales no median palabras ni ningún otro tipo de comunicación simbólica; pero son muy pocos. Cuando creemos comprendernos, sólo estamos intercambiando "paquetes" preconcebidos de idea-sensación-sentimientopercepción, y nunca *podemos estar seguros de estar expresando la realidad de lo que deseamos transmitir.*

El texto, a continuación, proponía una solución al problema.

Y ahí aparecía lo que ella era.

VIII. FRAGMENTO DE LOS FRAGMENTOS

Tú eres el espejo en que me contemplo;
en tus grandes ojos arden escondidas
las flechas de todos los soles.

IX. ESE MONTON DE ESPEJOS ROTOS

Al término de unos meses Lumo y Dialis habían establecido una relación aceptable. Convivían sin problemas. Se observaban. Se estudiaban sin darse cuenta, descubriendo las pequeñas cosas que le agradaban al otro. Al principio Lumo había sufrido mucho. Dialis evitaba el contacto físico porque después de la desgracia todas sus relaciones sexuales habían sido experiencias horrorosas. A Lumo le había costado entenderlo, pero ella se lo había explicado con dulzura, una y otra vez.

Dialis también sufría. Estaba muy sola, rodeada de fantasmas opacos, de espejos silenciosos, rotos. A pesar de todo, había comprendido que todavía podía avanzar en el autoconocimiento. Lumo le había enseñado, con esa sensibilidad gigante que escondía tras su silencio, que los demás seres humanos *también* podían comunicarse. Aunque había perdido para siempre la visión externa de sí misma, aunque no sabía con la exactitud de antes cómo la veía su compañero, aunque no podía *verse* a través de sus ojos, oídos y piel como estaba acostumbrada, aún recibía reflejos que le permitían vislumbrar su yo. Lumo había dejado de ser una estatua de madera reseca. No reflejaba todo, pero era legible. En un principio le había parecido increíble, pero poco a poco las líneas habían ido convergiendo hacia una nueva realidad: su nuevo mundo de sensaciones compartidas. De su espejo anterior sólo le quedaban recuerdos, pero ahora tenía un cristal en que mirarse. Era un espejo a medias, un espejo roto; pero algo mostraba.

Todo eso la tenía fascinada.

Lumo y Dialis eran una pareja activa. Salían a explorar muy seguido, y a veces faltaban del campamento semanas enteras. Un día, en medio del desierto, Lumo recordó un episodio que tenía

hundido en la memoria. Desde ese momento volcó el máximo de sus energías a buscar a los míticos tramabajos. Aunque la mayoría de la gente pensara que eran pura leyenda, Lumo tenía razones concretas para creer que sí existían. En el campamento había un retrato a pincel muy bello y detallado que había olvidado un naturalista japonés luego de vivir con ellos unos meses. Muchos decían que el dibujo era un invento, un producto de la fantasía del pintor. Otros, más ignorantes, creían que representaba una criatura oriunda de Japón, o de algún lugar del lejano oriente. Pero Lumo sabía que esos insectos no existían en ningún otro país del mundo. Lumo sabía algunas cosas más que la mayoría; y una de ellas era que los tramabajos habían salido de la Tripa.

—Son unos cascarudos grandes como huevos de gallina —le explicó un día a Dialis mientras buscaban entre las rocas—. Tienen patas largas y movedizas y son de color azul metalizado.

Esa fue la primera vez que se los mencionaba.

Lumo fue agregando información durante toda la mañana, retazo a retazo. Dialis escuchaba con atención, de modo que para la hora del almuerzo ya tenía una imagen casi completa de lo que querían encontrar.

Los tramabajos eran ingenieros. Armaban cosas con bloques de construcción producidos por ellos mismos. Las hembras no participaban en forma activa, aunque colaboraban en el proceso de un modo involuntario e indirecto. Eran tres veces más grandes que los machos pero diez veces menos en número. Las crías nacían de huevos que mantenían dentro de sus vientres —los incubaban en su interior— y entonces, cosa nada original en el mundo de los insectos, devoraban a la madre. Los machos usaban los exoesqueletos vacíos como moldes para sus piezas de construcción. Segregaban una baba espesa que quedaba encerrada en las concavidades y hendiduras del lomo del cascarón vacío. El sol calentaba molde y pasta hasta que esta se endurecía, fraguando en un material plástico y duro. La cuestión es que obtenían unas piezas de forma fascinante cuyas aristas, bordes y protuberancias encajaban tan bien y de modo tan diverso entre sí que los tramabajos podían armar prácticamente cualquier cosa con ellas.

Dialis estaba sorprendida. Lumo describía tan bien a esos seres que le parecía verlos materializarse frente a ella.

—¿Cómo es que sabés tanto sobre ellos? —preguntó mientras tomaban el café de la tarde.

Lumo sonrió.

—Me lo contó un amigo hace unos años.

—¿Y él cómo lo sabía?

—Los vio en el desierto y quedó maravillado. Se pasó meses estudiándolos.

Dialis seguía sin entender.

—¿Y por qué no le preguntás dónde encontrarlos?

Lumo cambió su sonrisa por una expresión algo más sombría.

—Canz vivía con nosotros en el campamento, pero hace tiempo que desapareció.

Dialis dejó de hacer preguntas. Lumo se había quedado en silencio y miraba hacia lo lejos, como buscando algo en el horizonte.

La charla continuó mucho más tarde. Dialis estaba recostada contra un árbol, rodeada de conejos y otros animalitos pequeños. Lumo había bajado a explorar un cañadón perdido entre un par de cerros. Cuando volvió, se acercó en silencio con su bolsa de recolección. Aunque se movía despacio, casi todos los animalitos huyeron, salvo un conejo que dormitaba sobre el regazo de su compañera y otros dos que se habían recostado en el hueco entre su espalda y el árbol. Lumo tenía un aire de cansancio extremo mezclado con desilusión. Amagó un gesto de disculpa, pero Dialis le sonrió comprensiva. La magia brotaba de ella y no había forma de extender la esfera a otros. Los animalitos al principio también tenían miedo de que se les acercara, pero Dialis poseía una habilidad especial para hacerlo sin asustarlos, hasta que los convencía de dejarse tomar en brazos. Luego los acariciaba por horas, embelesada, disfrutando de la suavidad de sus cuerpos, aprendiendo a captar mensajes a un nivel puramente corporal, descubriendo que podía *sentir* el placer de los animalitos a través de la palma de sus manos y recibir una respuesta a sus caricias en la progresiva laxitud de sus músculos, en ese apretarse más y más contra su piel, en los latidos que se volvían plácidos, pausados, en los ojitos que se entrecerraban, en el temblor casi imperceptible que los recorría en cada caricia, en cada roce de su mano. Para ella era una experiencia nueva, llena de sensaciones maravillosas. La disfrutaba cada vez que podía, aprendiendo.

Lumo se acomodó despacio junto a ella. Los conejos no se asustaron.

Atardecía.

Observaron la puesta de sol en silencio, hasta que la oscuridad fue total y las estrellas emergieron de sus abismos. Lumo

se deslizó lentamente hasta quedar de cara al cielo. En algún lugar, decía él, debía estar el extremo de la Tripa. Según Lumo, a veces se percibía un hilo tenue que se alejaba rumbo a la negrura. Dialis jamás lo había visto.

La conversación comenzó en un susurro.

—¿Querías mucho a tu amigo?

Lumo tardó unos segundos en contestar.

—Sí.

—¿Murió? —Dialis no sabía de qué otro modo preguntárselo.

—No lo sé.

Dialis entendía. En el mundo de la Tripa la mayor parte de los que se alejaban se convertían en desaparecidos.

—¿Buscaba algo?

—Todos buscamos algo. —La voz de Lumo se había vuelto muy triste.

Dialis asintió y buscó un cambio de tema:

—¿Por qué te atraen tanto esos insectos?

—Curiosidad.

—¿Son tan interesantes? —A Dialis le parecía por momentos que el esfuerzo que hacía Lumo para encontrarlos era excesivo.

—Todo lo que viene de la Tripa es interesante —Lumo insistía en esto cada vez que se le presentaba la oportunidad—. Pero estos seres son mucho más interesantes de lo que puedas creer.

—Todavía no sé por qué. Sólo porque construyan…

Lumo la interrumpió.

—Hace mucho tiempo, cuando todavía no había oído hablar de ellos, vi uno. Por desgracia no sabía lo que era. No le presté atención.

—En este desierto hay tantos escarabajos…

—Lo que vi no era precisamente un escarabajo. Estaba persiguiendo a un lagarto y al cruzar frente a unas rocas vi algo similar a un conejo de juguete. ¿Conocés a *Bugs Bunny*? —Ella asintió—. Este muñeco se le parecía mucho. Era de color violeta claro, casi lila, y bailaba…

Dialis se quedó muda.

—Bailaba entre las piedras… —repitió Lumo.

—No entiendo.

—En ese momento pensé que era un juguete abandonado, un muñeco barato de plástico, y que algún animalito se había refugiado en su interior, quedando atascado, e intentaba salir. Todo fue un pensamiento fugaz. Yo estaba persiguiendo a una pieza muy interesante para mí y no quería perderla. Pasé de largo.

—No entiendo la relación.

—Canz me contó que los tramabajos suelen construir una especie de vehículos o trajes rígidos de tamaño bastante superior al de sus cuerpos y luego se meten en ellos. Esos artefactos tienen patas o algún tipo de extremidad; los tramabajos conectan sus cuerpos con las piezas móviles usando hilos de su baba, de tal modo que pueden manejarlas. Luego danzan. No sé por qué, ni mi amigo tampoco pudo comprenderlo, pero ejecutan unas danzas dementes que duran días y días, como si fuese una ceremonia religiosa en una tribu primitiva.

—¿Pero el juguete qué tiene que…?

—Ellos copian cosas que ven. Al principio no podía entender cómo habían obtenido la imagen de un personaje de dibujo animado en medio del desierto, pero luego recordé que en esa época había una catedral abandonada en la zona; una iglesia inmensa que incluía aulas de colegio primario. En las aulas había figuras infantiles. Los tramabajos debían haber visto esas láminas. Usaron los modelos.

—Es increíble.

—Sí, son increíbles. Y por eso tenemos que encontrarlos.

Dialis seguía sin entender la urgencia.

—¿Pero por qué tanta desesperación? —preguntó.

El se incorporó, apoyándose sobre un codo, y la miró de frente. Su cabeza se recortaba sobre el fondo de estrellas; una silueta oscura enmarcada por la oscuridad.

—Ellos nos pueden llevar a la Tripa —dijo con cansancio, casi en un suspiro, y luego volvió a recostarse de cara a las estrellas —. Y en la Tripa…

Dialis acercó la mano con lentitud hacia el hombro de Lumo, hasta percibir el calor de su piel, pero, aunque sentía un fuerte impulso de hacerlo, no llegó a tocarlo.

La quietud de la noche los envolvió como una bruma pesada. Dialis sentía frío y tenía un deseo inmenso de abrazarse a Lumo y acariciarlo como acariciaba a sus conejos. Pero no se animó. El silencio era hielo y fuego; se les interponía. Cerró los ojos y se dejó llevar por los sueños. Tal vez un día…

La despertó una sensación extraña. Abrió los párpados y se encontró con los ojos de Lumo a pocos centímetros de su cara. El la observaba con un ardor que ella no había visto nunca en ninguna mirada. Fue un instante; en cuanto captó que estaba despierta, Lumo parpadeó turbado y cambió de expresión. El fuego se volvió tristeza, silencio, desesperación.

Dialis terminó de salir de su sueño, notando que Lumo estaba muy junto a ella, con todos los músculos envarados. Un momento después se dio cuenta de que lo tenía abrazado estrechamente, con tanta fuerza que sentía retumbar en sus senos los latidos de su corazón. Su pecho se convirtió en un sol en explosión. Cerró los ojos y lo apretó todavía más.

Lumo respiraba con dificultad.

El instante pareció eterno. Pero fue sólo un segundo.

—¿Frío? —la voz de Lumo trataba de expresar diversión. Pero era angustia. Soledad. Deseo.

No. No.

Miedo.

Dialis luchaba con el miedo. Luchaba contra la locura de esos brazos que escapaban del mandato de su cuerpo y no querían soltarlo. La lucha duró un instante. Luego hizo un esfuerzo y se apartó.

—Estaba soñando —explicó en un susurro.

La mentira le dolió mucho más que lo que le debía doler a él. Pero tenía miedo.

—Entiendo… —la voz de Lumo brotaba desde un infierno de dolor. Estaba tratando de sonreír.

—¿No hace mucho frío?

—Sí, y es tarde. ¿Vamos a dormir?

Dialis asintió.

Caminaron en silencio hasta su refugio de campaña; Lumo cabizbajo, Dialis temblando.



“Por ahí, por ahí...”, por S. Mediante

X. SIN ALAS NI PECHO CON QUE VOLAR

> Tendré que dar vueltas eternamente bajo tu sombra,
> eternamente, los ojos lágrimas,
> el corazón tristeza.

XI. DISFRAZADOS. DISFRAZADOS

Dialis se despertó llorando. Se levantó de un salto y, con una decisión estallando en sus labios, cruzó la cortina que separaba su parte de la tienda de la de Lumo.

Lumo no estaba.

Lo buscó en el campamento y alrededor de él. Subió a una loma y trató de encontrarlo en la distancia. Cada minuto que pasaba podía quebrar la decisión en cenizas.

Lumo no se divisaba.

Sintió una debilidad que crecía en su interior. Casi deseaba morir. Sus rodillas se doblaron con lentitud, hasta que las palmas de sus manos se apoyaron en la arena polvorienta. Las lágrimas presionaban tanto que le hacían doler la cabeza. Pero se aguantó.

No quería llorar más.

Cerró los ojos y rogó en silencio.

Lumo se detuvo porque los pulmones le estallaban. Había subido más

de mil quinientos metros por la ladera en rampa de un cerro pequeño cuya cumbre se aplanaba en meseta. Se pasó una mano por la frente. Ni la carrera ni el aire frío de la mañana podían apagar ese fuego que le brotaba de la piel. Sentía, como nunca había sentido en su vida, que estaba a punto de volverse loco. Respiró unos segundos y siguió corriendo, ahora ya en lo llano, mientras miraba a todos lados con desesperación.

Esperaba un signo que le indicara que estaba fuera del infierno. No un signo cualquiera. No sería una flor o un arroyo. Ni un valle colmado de verde ni un pequeño animal corriendo con la curvatura de su lomo brillando bajo el sol. No era un pájaro de colores vivos cantando su melodía eterna ni el aroma dulce de millares de pequeños frutos rezumando jugos en un arbusto. No era el olor de la lluvia ni el sabor seco de la tierra. Ni una roca iridiscente ni un cristal abrupto de cuarzo convirtiendo los rayos en arcoiris. No era su dolor en el pecho ni el fuego de su corazón. Era un signo. Algún signo.

Se detuvo cuando sus piernas se negaron a seguir. Trastabilló y cayó de rodillas sobre las piedras filosas. Sus manos se apoyaron en la arena polvorienta y sus ojos cayeron delante de él, en ese desierto reseco, mirando la nada.

Estaba en un infierno.

Y quería salir.

Cerró los ojos y rogó en silencio.

Cuando volvió, dos días después, Dialis se había ido. En la tienda de campaña todo estaba ordenado y en su lugar. Lumo estudió la posición de las cosas, tratando de leer en ellas. No encontró mensajes. Tal vez Dialis se había ido porque no soportaba estar sola. Había llevado sus cosas personales y la parte de la carga que le correspondía.

En unos minutos guardó todo y desarmó la estructura con rapidez y eficiencia. Media hora después ya se había puesto en camino hacia el cruce.

Dialis estaba en el camión. Lo esperaba. Cuando Lumo entró, polvoriento y cansado, le acercó una silla a la mesa para que se sentara con ella. Había servido una vianda para dos. Lumo se acomodó, menos sorprendido que halagado, y comió algo en

silencio. Ella lo miraba intensamente.

Lumo sentía un calor tenue que se extendía por su piel. El dolor de alambre se fue retirando de sus músculos. No quería hablar, pero, en medio del silencio, dijo todas las cosas que necesitaba, todas las cosas que deseaba, todas las cosas que soñaba.

Los ojos de Dialis tenían un brillo único. Lumo comprendió de repente que ese era el signo, el signo que había estado buscando.

Abrió su bolsa y sacó un frasco. En él se apreciaba el gran insecto que había atrapado. Era un huevo azul con largas patas que intentaba trepar por las paredes de vidrio.

Sonrieron.

Esa misma tarde, temprano, partieron hacia donde Lumo había encontrado el nido. Caminaban tomados de la mano, conversando animadamente.

—Estuve pensando en los tramabajos —dijo Dialis—. Y no entiendo por qué se comportan de un modo tan raro.

—Son extraños, es verdad —coincidió Lumo—. Alguna vez imaginé que eran extraterrestres, que la Tripa había abierto un pasaje entre universos o realidades, o tal vez un puente entre este mundo y otro, para traerlos. Pero ahora pienso que la Tripa abre compuertas hacia adentro, hacia otros abismos…

Lumo explicó que, luego de mucho análisis, se había dado cuenta de que los tramabajos eran una representación simbólica de lo que subyace en los seres humanos. Algo poderoso pero esquemático que duerme en la estructura más profunda de la mente humana, algo que la Tripa, de algún modo, puede leer.

Dialis lo escuchaba con asombro.

—Es decir, no es que crea que la Tripa lea nuestras mentes —aclaró Lumo—, sino que es sensible a las estructuras de mayor fuerza, de mayor intensidad, en el inconsciente de los que se le acercan. De ahí aparecen semejantes criaturas…

—La verdad que no puedo relacionar esas "cosas" con ninguna característica de la mente humana… —opinó Dialis—. Salvo, tal vez, con un divague de la locura, o con un sueño.

—No es evidente ni fácil de ver, pero los tramabajos representan una tendencia muy fuerte en los seres humanos. Se disfrazan. Imitan. Danzan locamente, encerrados en esos fantoches muy bien construidos pero falsos. Invierten sus vidas y el máximo de sus esfuerzos en una parodia. ¿No te suena conocido?

Dialis se quedó muda. Lumo, a veces, era terroríficamente

certero en las cuestiones que tenían que ver con la Tripa.

Llegaron a media tarde. El nido no era tal, más bien parecía una ciudad en escala. Dialis se sorprendió tanto que casi se enoja con Lumo por no haberla preparado para semejante espectáculo. Estaba entre un grupo de rocas que formaba una concavidad similar a un anfiteatro al aire libre. Los tramabajos, en cuanto notaron la presencia de espectadores, empezaron a salir de sus "edificios" y se reunieron en multitud. Dialis se sintió observada, estudiada, analizada hasta el último detalle. El grupo de insectos crecía continuamente, en un proceso ordenado, sin apretujamientos ni desorden, hasta tal punto que parecía un equipo entrenado de actores preparando el espectáculo de apertura de las olimpíadas. Luego de un rato, cuando dejaron de salir tramabajos de los umbrales de esa aldea surreal, la escena quedó congelada en medio del soplido cálido del desierto, como una escultura compleja abandonada por un artista demente. Centenares de insectos extraños mirando con atención a un hombre y una mujer silenciosos. Arena, rocas y un sol amarillento haciendo de iluminador de lo increíble. Viento suave.

Dialis, estremecida, se reclinó contra el hombro de Lumo. El cruzó un brazo por detrás de ella y la sostuvo por la cintura. Se miraron un instante, sin decir nada, pero volvieron enseguida sus vistas a la alucinante escena. Los tramabajos se mantuvieron inmóviles varios minutos, como detenidos en un bloque de tiempo solidificado. Luego se fueron desconcentrando en un aparente azar, que se convirtió de pronto en un movimiento orquestado de perfección absoluta. En menos de un segundo quedaron fuera de la vista, entrando sin titubear en los "edificios" o desapareciendo detrás de alguna roca. No parecía algo real. Parecía un sueño.

—Armemos el campamento —dijo Lumo de repente, y Dialis se sobresaltó.

—Pe… pero… —empezó a decir, confundida.

Lumo sonrió.

—Debemos esperar —explicó, señalando hacia el fantasmagórico grupo de pequeñas construcciones—. Son rápidos, pero les lleva bastante tiempo…

Antes de que Dialis abriera la boca para pedir más datos, Lumo se alejó unos metros, tomó una rama y empezó a despejar el suelo de piedras, alisando el terreno para poner la tienda de campaña. Dialis comprendió que no quería hablar más del tema, al menos por el momento. Los tramabajos y sus actitudes habían tomado, para Lumo, una dimensión casi religiosa. Había algo

intangible en la situación, algo que Lumo no podía explicar porque no tenía palabras y Dialis, tal vez, no podía entender, porque a pesar de que estaban muy cerca uno del otro ella no era él y no podía sentir como él. A pesar de todo, Dialis tenía una sensación —no era posible definirla de otro modo más que como *sensación*— que le permitía aproximarse a lo que navegaba por la mente de Lumo. La Tripa no podía estar muy lejos de estos seres. No era una cuestión de tiempo ni de espacio, sino de "relación". Había una relación estrecha entre los habitantes del anfiteatro de rocas y esa "cosa" —rajadura espaciotemporal, ruptura de la realidad o lo que fuera— que dominaba la vida de todos ellos, envolviéndolos en su hálito avasallador. Lumo presentía algo, tal vez que estando cerca de los tramabajos alcanzaría la Tripa, y Dialis *sentía* que de algún modo él no se equivocaba, aunque no creía que la cosa pudiera plantearse de un modo tan simple.

Ayudó a armar y acomodar, y luego se sentaron sobre una esterilla. Lumo escrutaba el horizonte, como esperando que apareciera algo, y Dialis dibujaba con una ramita en la arena.

Pasaron horas. Dialis había trazado, sin darse cuenta, miles de líneas ondulantes que se apretaban sobre sí mismas y formaban un largo tubo que se afinaba hacia la lejanía. Respecto a la posición inicial de Dialis en la esterilla, el tubo salía en diagonal y subía, alejándose hacia "arriba" mientras se afinaba. En realidad el dibujo era tosco, ya que la arena seca no permitía detalles, y no tenía nada que indicara esa dirección hacia "arriba"; sin embargo Dialis, que lo había hecho, sabía que era así. La Tripa salía de la tierra —de la *Tierra*— y se elevaba hacia el infinito.

Lumo estaba jugando con una piedra Rattle, haciéndola girar más y más rápido a medida que volvía a tomarle la mano al impulso y al ángulo de arranque. La piedra daba varias vueltas, bajando de velocidad, y luego invertía su movimiento para girar en sentido contrario. No todas las veces se cumplían las viejas leyes del rozamiento y conservación de la energía, ya que en ocasiones la piedra daba muchas más vueltas retrógradas que las que había dado al ser impulsada por la mano de Lumo. El sonreía y anotaba con un palito en la arena.

Dialis estaba retocando su obra. Cuando volvió a hallarse sobre la esterilla se detuvo para observar a su compañero y vio que parecía muy concentrado en el juego. Recién entonces se dio cuenta de su propia abstracción. Sacudiendo la cabeza, salió del trance en que había caído. Siguió con la vista el dibujo en la arena, descubriendo que había trazado casi treinta metros de tubo ondulante. A los lados de la larga figura se podían ver las marcas

que había hecho al arrastrarse sobre sus rodillas. Se estremeció. La Tripa hacía esas cosas a la gente.

Tiró la ramita y se acercó a Lumo.

—¿Tomamos algo? —preguntó con dulzura.

El levantó la vista y se mantuvo unos instantes con los ojos desenfocados en la nada, sin verla, pero finalmente reaccionó.

—Yo sirvo —dijo Lumo con una sonrisa, y empezó a incorporarse.

Dialis levantó un brazo y apoyó la palma de su mano derecha en el pecho de Lumo: —La idea fue mía, señor —dijo riendo, y lo empujó. Lumo cayó y se despatarró exageradamente. Dialis corrió hasta la tienda.

—Uh, ah —se quejaba Lumo entre risas, acostado boca arriba en la esterilla—. ¡Más vale que la bebida esté fría!

Dialis salió y le puso el vaso sobre el pecho. Lumo, sorprendido, se incorporó de repente y volcó parte de la limonada sobre el comienzo de sus piernas. Haciendo un gesto muy cómico, señaló el líquido que se escurría por sus pantalones y gritó: —¡Uauuuu!

Ella se sentó, desencajada por la risa, derramándose una parte del contenido de su propio vaso en el regazo. Lumo lanzó una carcajada y luego bebió con ganas.

—Sí que está frío… —dijo ahogándose—, y si no preguntale a mis huev…

Dialis le tiró el resto que quedaba en su vaso, que eran sólo unas gotas, en el pecho. El se incorporó, simulando una cara de enojo que llamaba a más risas, y la tomó entre sus brazos. Rodaron luchando y riendo como locos, borrando sin darse cuenta el largo dibujo de Dialis. Ella hacía como que le pegaba con los puños en el pecho, mientras él emitía *uhs* y *ahs* con un tono tan cómico que ella, mareada por las vueltas y la risa, perdía el control de sus brazos y debía abrazarse al cuello de él. Lucharon unos segundos, riendo hasta perder el aliento, y luego se detuvieron. Lumo estaba arriba de ella.

Se miraron en silencio durante un lapso intemporal. Lumo sentía que el corazón de ella estaba por estallar y ella sentía que el corazón de Lumo quería escapársele del cuerpo. Los labios se acercaron con lentitud hasta que, luego de rozarse un instante, se sumergieron en un beso desenfrenado. Dialis sintió que sus dedos se deslizaban y desprendían los cierres de la ropa de Lumo. Su propia ropa desaparecía de encima de su cuerpo, sin que supiera cómo ni le

importara el porqué. Tenía los ojos cerrados, porque así las percepciones de la piel ganaban el control y se hacían dueñas de toda su conciencia. Lumo estaba sobre ella y dentro de ella. Las emociones de él venían a su cuerpo a través de millones de sensaciones minúsculas que se sumaban en un huracán. No podía sentir lo que él sentía, pero podía *saber* lo que ardía en su interior y a partir de ahí *sentirlo*. Y de pronto supo que sí lo sentía. Sentía todo. Había una oleada de fuego dulce que iba subiendo, subiendo, subiendo por cada fibra sensible de su cuerpo. Un fuego de placer que no había experimentado nunca. Y de pronto todo estalló: Lumo dentro de ella y ella dentro del universo, en un nuevo pulso primordial, un nuevo pulso de principio y final de todas las cosas, de todos los silencios y de todos los dolores. Abrió los labios, en un éxtasis absoluto, y gritó.

Nunca, antes, había gritado.

Lumo se detuvo un instante, sorprendido, pero ella lo atrapó con sus brazos y tiró de él para que no se alejara, para que penetrara aún más en ella, mientras ondulaba el cuerpo aumentando el placer hasta el infinito. Lumo revivió de la sorpresa y la recorrió con los labios. Dialis giró su cara de un lado al otro, mientras él besaba su cuello en una caricia que la llevaba a la locura. A una dulce locura. Los dos estaban llorando. Los dos sentían que sus corazones explotaban de felicidad.

En ese momento ocurrió aquello. No hay ninguna certeza de que haya sido de este modo, al menos no *exactamente* así. Tal vez algún poeta inventó toda la escena. Pero la gente tiene derechos sobre sus leyendas… y la gente eligió así. Por eso les ofrecemos esta versión, la que decenas de generaciones han repetido, cantado y soñado durante tiempo. Otras versiones dicen que, aunque se amaban, no llegaron a amarse. A nosotros nos pareció extraño, y eso nos decidió al fin a poner en esta parte de la historia lo que escogió la mayoría. Sin embargo no sabemos —no podemos saberlo definitivamente— cual es la verdad.

Bien. Decíamos que en ese momento ocurrió aquello. Dialis giró la cara y sintió algo frío que se derramaba sobre su mejilla. Abrió los ojos y vio que la bebida subía por las paredes de la jarra y se derramaba sobre el piso. Se incorporó, luchando con el peso de Lumo, que todavía no sabía qué pasaba e intentaba retenerla. Se puso de pie y vio lo que estaban haciendo los tramabajos. Le dio un empujón a Lumo, que estaba a su lado con los brazos alrededor de su cuello y todavía aturdido, y salió corriendo. Lumo empezó a gritar, pero enmudeció al ver a los tramabajos.

Los tramabajos estaban en plena danza, pero no

interpretando lo que él había previsto como lo más evidente: un hombre y una mujer llenos de polvo y arena del desierto, cargando mochilas de lona. No. Los tramabajos habían formado una larga cadena movediza que ondulaba y latía con sorprendente realismo, como si fuera semilíquida. Mientras terminaba de reconocer la imagen, aceptándola en su conciencia, oyó el sonido. Se dio vuelta y vio el recipiente vacío. Pero el ruido líquido no venía de ahí. A unos cien metros más allá, brotando del desierto como en una pesadilla, se erguía la Tripa.

Y Dialis corría hacia ella.

XII. AQUI, SOBRE LA TIERRA

Como una pintura
nos iremos borrando.
Como una flor,
nos iremos secando,
aquí, sobre la tierra.

XIII. LA TRIPA DE DIOS

Desde la aparición de la Tripa el Hombre empezó a profundizar en el conocimiento de sí mismo, estudiando su propia mente más que las fronteras del Universo. La Tripa es como un tubo que se infla y se angosta y se ensancha. En la Tripa se repiten los ecos. La Tripa es sensible a los campos complejos de energía. La Tripa, de algún modo, puede leer las estructuras más profundas de la mente humana. La Tripa sale de la tierra y se eleva hacia el infinito. La mayor parte de la información sobre la Tripa se ha obtenido del libro legado por una secta desaparecida —los Bebedores de la Noche—, donde constan las "lecturas" que realizaban en medio de estados místicos oscuros de los que nada se sabe, al parecer estados mentales en lo que participaban drogas modificadoras de la conciencia. Se supone que la Tripa puede ser una ruptura del espaciotiempo, una rajadura tridimensional hacia otra realidad. Con el tiempo se ha ido afirmando una teoría que suena a locura: la Tripa sería la estela —una marca dejada en nuestro continuum— de una nave hiperespacial de otro universo, un universo para el cual nuestro espaciotiempo es el hiperespacio. *Su* hiperespacio. Alguien ha encontrado —y mostrado— que en determinadas condiciones de captación se pueden ver algo así como

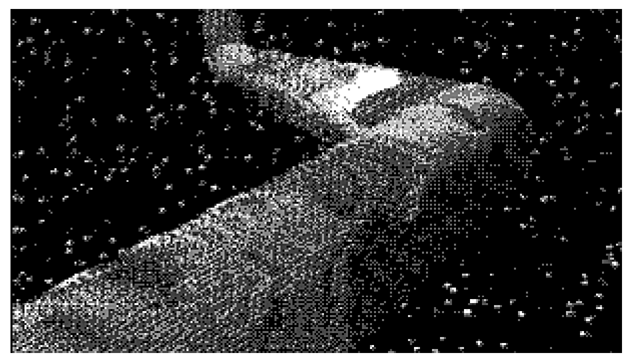
portillas redondas y unos ojos, puramente ojos, mirando hacia afuera. Puede ser que esta visión se haya logrado integrando estados de posición de la Tripa —mediante el trabajo obsesivo de un fotógrafo a lo largo de un tiempo extenso— en una imagen. La nave estaría *pasando*. ¿Pero cuándo, cuándo dejará de pasar? Dicen que puede tardar una eternidad, porque se mueven en lo que para ellos es otro universo, y los tiempos son diferentes, otros. Pero en la Tripa nada es seguro; todo es errático. Cualquier cosa que se diga de ella puede ser verdad y mentira al mismo tiempo. Todo lo que se le acerca se convierte en un ente probabilístico. Y cada vez que la Tripa se inmiscuye en los hechos, la historia se vuelve confusa, casi insustancial. Hay muchas otras cosas. La Tripa se adueña de la realidad, la ondula. La Tripa tiene un extremo que se aleja rumbo a la negrura. La Tripa abre compuertas, pasajes, puentes, abismos… ¿Qué es la Tripa? ¿Qué es?

La Tripa es la Tripa.

XIV. ¿DONDE ESTAS?

Baja a la tierra, Serpiente Dios,
infúndeme tu aliento;
pon tus manos sobre la tela imperceptible
que cubre el corazón.

XV. CUANDO RENUNCIAS A TUS SUEÑOS.



"La Tripa de Dios", por S. Mediante

Uno se muere cuando renuncia a sus sueños. Lumo había deseado

llegar hasta allí, hasta esa *cosa* que ondulaba ahora frente a sus ojos, pero de pronto Dialis era mucho más importante en su vida que todos esos viejos sueños. ¿Qué pasó por su mente en esos momentos fugaces? Nunca se sabrá; sólo se conocen sus actos, o lo que, ante la Tripa, parecieron sus actos.

Dialis corría, pero los movimientos y las posiciones de las cosas se volvían cada vez más irrespetuosas de las perspectivas y las distancias. Dialis iba, aparentemente, en dirección a la Tripa. Lumo esperaba congelado en su lugar. Tal vez la Tripa sea una entidad inmensamente caprichosa o quizá las contradicciones respondan a una ley. La cuestión es que, como en un sueño, Dialis corría tras una meta inalcanzable mientras que Lumo, detenido en un instante de indecisión, se topaba cara a cara con un destino que ya no quería alcanzar.

Un cuadro de Beudín, perteneciente a su período "fotográfico" y famoso por sus imágenes repetitivas, intenta plasmar la escena final. Lumo frente a la pared palpitante, luego de espaldas a ella. Dialis que parece acercarse sin poder llegar. Lumo que empieza a hundirse en la Tripa (el cuadro muestra una infinidad de filamentos blandos que salen de la Tripa y se apoyan en los hombros, brazos, cuerpo y piernas de Lumo, como tirando de él) y Dialis cada vez más cerca, con una expresión en su cara que ha sido descripta por los críticos más famosos como "sobrehumana". Ojos muy abiertos, húmedos de lágrimas. Boca deliciosamente entreabierta. Cabellos volando como un aura alrededor de su cabeza. Un reflejo mágico en sus facciones que sólo puede describirse como *Amor*, el más arrollador, absoluto y gigantesco *Amor* que pueda dibujarse en una cara humana.

Desde aquí los acontecimientos alcanzan el nivel más puro de leyenda desde el comienzo de esta historia. Lumo deseaba a la Tripa y a Dialis. Dialis deseaba a Lumo y deseaba, más que nada, algo que le había faltado durante mucho tiempo: Amor. La Tripa leyó sus inconscientes. La Tripa actuó.

Mucho tiempo después, cuando la leyenda fue creciendo y la gente inventó canciones acerca de este final, los autores trataron de imaginar los sentimientos para plasmarlos en la música y en sus versos. Nada puede describir del todo lo que pasó, ninguna canción, ninguna poesía. Sólo les pedimos que cierren los ojos un momento e imaginen una escena. La mano de Lumo que se extiende hacia la de Dialis y el instante en que se aferran. Un abrazo estrecho de corazones que estallan. Y el final. Los dos hundiéndose en la pared palpitante.

Uno puede morir si abandona sus sueños; pero se renace y se

vive con más fuerzas, con indetenibles fuerzas, si se puede encontrar un nuevo sueño, uno que colme, por fin, todas las esperanzas.

Dicen los viajeros que a veces, en algún lugar del desierto, se han encontrado con la Tripa y han sentido una marea de amor intenso, irrefrenable, casi doloroso por su poder, que brotaba de ella.

El gran arquitecto

Fabián Fucci

Una voz femenina anunció su presencia por el aparato. Desde el despacho, el hombre pulsó un botón del panel y la hoja de la puerta se deslizó dentro de la pared, dejando ver una figura bajita y rechoncha que hizo una reverencia y se dirigió hacia su jefe.

—Salud, señor. He venido a decirle que la verificación de su obra ha concluido. Hemos revisado el lugar de un confín a otro.

El hombre quedó pensativo unos momentos.

—¿Y bien?

—Pues… verá… Ha habido un pequeño error, muy pequeño por cierto —dijo con una sonrisa forzada—. Ha quedado un espacio vacío debido a un descuido de uno de los trabajadores. Pero no se preocupe, señor, comenzaremos de inmediato a llenarlo. Sólo necesito que firme esto.

Le extendió el formulario. El hombre lo tomó, lo observó y alcanzó su pluma.

—Es una orden de materiales, señor. Nada complicado, verá… Sólo elementos ligeros. Usted sabe, hidrógeno, carbono, oxígeno…

—Lo sé —lo interrumpió mientras estampaba su firma sobre el papel. Sin otro miramiento, se lo devolvió—. Pueden ponerse a trabajar.

—Sí, sí, señor —dijo con una reverencia de despedida y otra sonrisa forzada—. Lo mantendré informado.

Un millón de años más tarde volvió a aparecer por la puerta corrediza del despacho.

—¿Y bien? —preguntó el hombre desde el escritorio.

Una sonrisa toda dientes apareció en el rostro del bajito.

—No fue fácil, señor, pero algo hemos logrado. Hemos invertido casi todo el presupuesto de materiales en una estrella, una estrella pequeña de color amarillo. Con el sobrante pusimos un par de cuerpos alrededor, y ya se encuentran en órbita estacionaria.

—O sea —se apresuró a interpretar el jefe— que el error está

salvado.

—Ssss… no… —contestó con la mirada baja, mientras frotaba el suelo con la punta de un pie y escondía las manos tras la espalda—. Bueno… eh… usted comprenderá que nadie es perfecto.

El hombre no dijo nada, pero sus ojos parecían gritar amenazas.

—Los colocamos demasiado cerca de la estrella. Resultaron muy calientes, señor. Un verdadero infierno. Usted sabrá lo que sucede en esas condiciones. Emanaciones venenosas, atmósfera superenrarecida…

—Sí, ya conozco ese cuadro —replicó cortante el jefe—. Supongo que aún no han agotado el presupuesto…

—No, no, señor. Lo hemos aprovechado lo mejor que hemos podido. Le aseguro que compensaremos este lamentable accidente, señor.

—Puedes irte —saludó el hombre, pulsando el botón para abrir la puerta de salida.

Pasó otro millón de años y llegaron noticias sobre el progreso de la obra.

—¿Y bien?

—Pues… No se puede decir que no estemos trabajando, señor —dijo la figura rechoncha con una de sus sonrisas. Al observar la expresión cada vez más seria de su jefe, tosió y se arregló la ropa—. Hemos puesto unos tres cuerpos más alrededor de la estrella amarilla, y, como los otros, ya se encuentran en una órbita estable. Debería verlo, señor, es algo realmente bello. Verá, son de color oscuro y a uno le colocamos una luna que…

—Entonces —lo cortó— el trabajo está hecho…

—Sí… eh… Bueno, yo diría… no. No, señor. Para no equivocarnos nos aseguramos de que esta vez quedaran algo más lejos. Parece que nos pasamos y los colocamos demasiado lejos, señor.

—Será mejor que salven ese error o… —el hombre hablaba con los dientes apretados y un puño en alto.

—Sí, sí, sí, señor —contestó la figura, sintiendo una súbita e imperiosa necesidad de ponerse de rodillas y elevar una plegaria—, tan pronto como firme esto.

—¿Qué cosa?

—Una orden de materiales, señor. Se nos ha agotado el presupuesto.

Transcurrió un millón de años más y llegó el informe de progresos.

—¿Y bien?

Terminó de rezar y juntó valor para hablar.

—Hemos colocado algunos cuerpos más entre los dos grupos ya existentes, señor. Pensamos que ese espacio estaba demasiado vacío y… y sobrio, si me permite la palabra, señor.

El jefe hizo una mueca de perplejidad.

—¿Sobrio?

—Sí, sobrio, seco, soso, monótono. Pusimos de lo mejor en dos cuerpos enormes, uno cerca del otro. Ideamos motivos, detalles, patrones de forma y color… Uno de ellos es una bola de dimensiones gigantescas rodeada de tiras de colores y una gran mancha de color rojo.

—¿Qué?

Supuso que la expresión de sorpresa era buena señal.

—El otro es una bola un poco más pequeña que la anterior y algo achatada en los polos. Y adivine qué, señor. ¡Le hemos puesto un hermoso anillo alrededor!

—¡Un anillo!

—Sí, está compuesto de miles de tiritas multicolor, y como nos sobraba algo de dinero terminamos construyendo un cuerpito rojo que…

—¡Basta, basta, basta! —exclamó el hombre levantándose de la silla con los puños sobre la mesa— ¡No puedo creer que sea posible gastar todo el dinero del universo en cosas como ésas! ¡No puedo creerlo!

—Pe… Pepe… Pensamos que le gustaría, señor —contestó con un hilo de voz casi desde el suelo, tan empequeñecido estaba.

—¡No, no me gusta! Creo que aquí terminan tus días en este ministerio, muchacho. Qué triste final…

—¡No, por favor, señor! —gimió de rodillas— Déme una oportunidad más, sólo una más. Le demostraré que puedo remediar la situación, señor. Le prometo que en menos de un millón de años será el lugar más hermoso de la creación.

Las lágrimas que humedecieron su pantalón lo conmovieron.

Por temor a morir ahogado dentro de su propio despacho decidió ser benigno.

—Está bien —dijo—. Una oportunidad más. Pero si llegas a fallar juro que te perseguiré hasta la quinta dimensión si es necesario. Ahora vete.

—En cuanto me firme un formulario —contestó secándose los ojos.

El jefe le devolvió la orden firmada.

—Gracias, señor. Le aseguro que no se arrepentirá. Pero quisiera aclararle que el anillo no es tan feo si uno lo mira bien. Tiene cierta belleza en esas tiritas…

—¡Vete!

Y el grito fue como una tromba que lo expelió del despacho.

No había transcurrido un millón de años y llegaron las noticias. La pequeña figura apareció ante el escritorio del hombre.

—Listo, señor. Hemos colocado el último cuerpo en órbita alrededor de la estrella, lo que hace un total de nueve hasta ahora. Nos las hemos arreglado para que sea distinto a todos los demás. Invertimos sabrá usted cuánto, pero pudimos teñirlo de azul en su totalidad.

—¿Un cuerpo azul?

—Sí. Es el resultado de estar cubierto en sus tres cuartas partes de agua, señor.

—¿Sólo las tres cuartas partes? ¿Por qué no todo?

—Pensamos que sería algo realmente original llenar la cuarta parte con tierra firme. Colocamos cantidad de montañas, planicies, quebradas, colinas, bosques, selvas y pantanos para darle un toque artístico. Todo un continente.

—¿No resulta demasiado seco ese continente?

Por primera vez su sonrisa fue de triunfo.

—Todo previsto, señor. Unimos el interior de la tierra con el agua a través de ríos, lagos, cascadas y arroyos. Incluso hemos echado algunas variedades de peces en ellos.

—¿Peces? ¿Qué son los peces?

—Es el último descubrimiento del departamento de novedades del ministerio, señor. Con una parte del presupuesto conseguimos un lote de artículos novedosos. Recordará usted los

primeros modelos de ballenas…

—¿Esas masas de carne resbaladiza con cola? Sí, las recuerdo.

—Hemos echado también algunas de ellas al agua. Ningún cuerpo hasta el momento poseía ballenas, señor. Tenemos pensado agregar tiburones, delfines y…

—¿El continente quedó desierto? —le interrumpió el hombre.

—No, señor, también lo hemos previsto. Del paquete para tierra soltamos todos los cuadrúpedos que conseguimos en el departamento, incluyendo los nuevos elefantes.

—¿Qué es un elefante?

—Otra novedad. Un conglomerado de carne con cuatro patas que parecen apisonadoras, dos orejas grandes como una alfombra, una trompa prensil y dos colmillos de marfil.

—Me recuerda el lamentable caso del ornitorrinco…

—Aún hay más. Esparcimos insectos por todo el lugar. En estos momentos ya debe haber una buena cantidad de mosquitos, jejenes, tábanos… Hay incluso caracoles, babosas, gusanos y… ¡Ah, señor! Soltamos aves.

—¡Vaya, eso es una sorpresa! Casi nadie usa aves hoy en día.

Sintió una sensación de triunfo.

—Y creamos una variedad nueva con las sobras. Son seres de unos diez centímetros de largo, de plumaje gris. Los llamamos gorriones. Resultaron muy baratos de hacer.

El hombre quedó en silencio y se llevó una mano a la barbilla, como sopesando el informe de progresos de su empleado. Lo miró fijamente.

—En vista de los adelantos logrados puedo prever que el error ha sido definitivamente salvado, ¿no?

—Sí, señor —dijo con una sonrisa de oreja a oreja—. Pero aún queda lo último.

—¿Lo último?

Miró hacia los dos costados y atrás para asegurarse de que no los estuvieran escuchando, se adelantó hasta el escritorio y habló en voz baja.

—No conviene divulgarlo, señor. Era un secreto de estado hasta ahora y la envidia de todos —se cercioró una vez más de su aislamiento antes de soltar su confesión—. El departamento de novedades genéticas creó un hombre y una mujer.

El rostro de perplejidad de su jefe se debió a su ignorancia sobre el tema.

—¿Y qué es un hombre? ¿Qué es una mujer?

—No hable tan fuerte, señor; puede haber escuchas. Un hombre es un ser bípedo biológicamente polivalente que entre sus particularidades se cuenta la de no quedar restringido a una dieta única, omnívoro en otras palabras. Y lo más interesante de todo, señor —y le ruego mantenga el secreto—, es que posee la capacidad de razonar.

La noticia lo golpeó con la potencia de un puño de acero.

—¿Pero no es peligroso otorgar esa capacidad a un ser de la creación? ¿No es acaso más seguro que sólo nosotros razonemos? Imagina lo que puede suceder si hacen uso indebido de ese poder…

—Ciertamente, señor. Pero es una opinión generalizada en el ministerio que, si me permite, ya va siendo hora de compartir esa capacidad con la propia creación. La razón es algo demasiado útil para privar de ella al universo.

Una vez más su jefe mantuvo silencio, ahora más prolongado. Sentado en su silla, respiró profundamente y se frotó la frente.

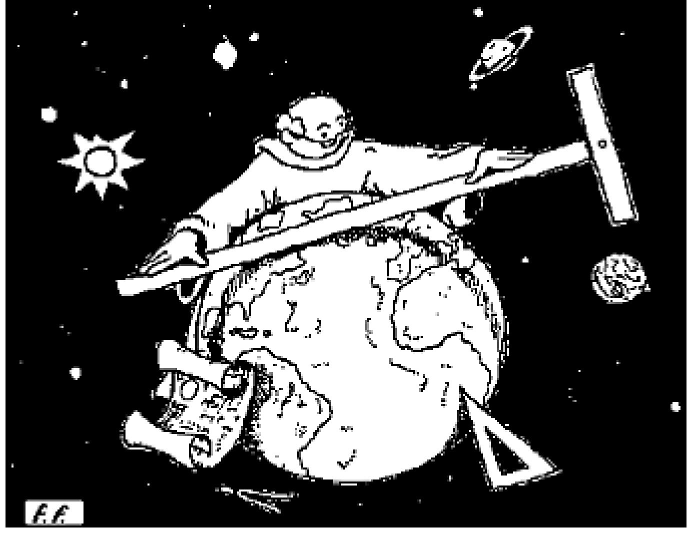
—Has procedido bien. Finalmente la gran obra está terminada. Creo que será tu deber viajar dentro de algún tiempo hasta ese cuerpo azul para verificar que todo esté marchando correctamente. Después de todo, tú dirigiste a los trabajadores.

—Gracias, señor —dijo con un dejo de orgullo—. Así lo haré.

Hizo una reverencia y se dirigió hacia la salida. Su superior pareció recordar algo y lo llamó.

—Espera un momento. Aún no me dijiste qué es una mujer.

—¿Una mujer? Oh, una mujer es un hombre con pechos.



“El gran arquitecto”, por Fabián Fucci

Habían transcurrido varios miles de años antes de que el jefe hubiese decidido ir a entrevistar personalmente a su empleado en vista del largo período sin recibir noticias. En ese lapso, el planeta había florecido en toda su magnificencia y acumulado cierta historia evolutiva. La semilla de la humanidad se había multiplicado por doquier y había recibido la visita de un ser polémico que hablaba de descubrir la belleza del mundo.

Esperaba el informe de la enfermería del ministerio. Había dejado la orden de que se le avisara cuando se produjera la mejoría del paciente. Una voz de suave le comunicó que éste ya se encontraba repuesto del susto y que iría a verlo a su despacho. Minutos después se abría la puerta y una vez más hacía su entrada una figura bajita y rechoncha. Con una reverencia se dirigió a su jefe:

—Salud, señor.

Su superior quedó observándolo en silencio. Esperaba oir algo más luego de tanto tiempo de ausencia. Como no agregaba palabra, decidió preguntarle:

—¿Eso es todo lo que tienes que decir después de tantos eones? ¿Qué sucedió?

La figura se encogió de hombros (un gesto impensable ante aquella persona, lo que demostraba un cierto sentimiento de desazón) e hizo temblar su barbilla intermitentemente.

Una fracción de segundo después lloraba a cántaros asido de

la pernera del pantalón de su superior.

Trató de mantener la calma esta vez ante tan peliaguda situación: Unas palmaditas en la cabeza (con la fuerza necesaria para dar a entender que los pantalones del ministerio no resultaban baratos) y una golosina de ocasión fueron suficientes, al menos por el momento. Lo sentó en su regazo y esperó que se calmara.

—Lo he arruinado todo, señor —decía con la cabeza baja—. Tan bello que parecía…

—Cuéntame de una vez qué sucedió.

Quizá para darse valor antes de hablar, abrió su golosina, una paleta multicolor en forma de conejo. Un par de mordidas y una mano gentil sobre los ojos.

—Pues verá, señor. Dejé que pasara un tiempo prudente antes de aparecer en escena, como para permitir que se asentaran las cosas, sobre todo esos dos seres de los que le hablé la última vez. ¿Sabe qué? Cuando entregamos el paquete especial de seres humanos certificábamos ausencia de pudor, bondad innata, amplitud de conciencia… ¿A que no sabe qué encontré cuando llegué?

No contestó. Permitió que mordiera el conejo otra vez y respirara.

—Estaban cambiados por completo. Parecían descreídos, egoístas, ladinos… En mi viaje de reconocimiento, no obstante, hubo quienes aún conservaban el modelo original. Ellos me acompañaron y hasta compartieron conmigo la alegría de gozar el mundo y enseñar a gozarlo. Parece que a algunos esto no les gustó.

Apartó la golosina y le mostró las manos. Ligeras cicatrices cruzaban las palmas de lado a lado.

—En enfermería dicen que dejarán de notarse en unos días. ¿Sabe cómo me las hicieron? —como su jefe pusiera cara de horror agregó:-No querrá saberlo…

Tomó aliento para el último tramo de la conversación.

—Alguien se ocupó de darme sepultura. Cuando se me estaba acabando el aire dentro de aquel cajón me sentí levantado por una fuerza enorme. Luego desperté en la enfermería. Es todo lo que recuerdo.

—Fui yo —le dijo.

—¿Cómo dice, señor?

—He sido yo quien te ha traído de vuelta.

—Pero… ¿por qué? —preguntó él— ¿Por qué no me dejó morir? Hubiera sido la única forma de olvidar esta vergüenza.

Lo miró y lo sentó sobre el escritorio. Después comenzó a deambular a paso lento por el despacho con las manos tras la espalda.

—Bastó una mirada a esos hombres y mujeres para descubrir que en ellos se había operado un cambio luego de su puesta en funciones. Qué cambio, quizá nunca lo sepamos, pero sé que no fue tu culpa. Quizá sí de uno de los bichos raros de ese planeta. Lo cierto es que la evolución de ese mundo estuvo desde el principio más allá de nuestro control.

Se detuvo y giró hasta verlo de frente.

—Nosotros no gobernamos los mundos, muchacho, tan sólo nos limitamos a crearlos y proporcionar las materias primas. Toda especie tiene libre albedrío a partir de entonces.

—¿Quiere decir, señor, que ya nada más podemos hacer por ellos?

—Si te gusta esa forma de decirlo, así es —replicó con la voz cansada—. Salvar o destruir su mundo es ahora cosa de ellos. Nosotros nos hemos ocupado de él unos cuantos millones de años. Creo que ahora es su turno, ¿no te parece?

Y el arquitecto, lamiendo su paleta, asintió.

Cartas axxónicas

septiembre de 1990

Barcelona, 17 de agosto de 1990

Estimados colegas:

Finalmente me pongo a escribirles unas líneas, me cuesta un montón, nunca fue lo mío. Soy Buky, el Sysop de El Libro de Arena, en plan de presentación ya nos conocemos vía Ricard de la Casa, de Andorra, y de José Luis González, de Valladolid. Dos excelentes usuarios del Libro.

La primera vez que vi Axxón, me emocioné un montón, yo también soy Argentino, nací en el 53 en Hurlingham, cerca de Morón, y me largué en el 75, apenas acabada la colimba y después del Rodrigazo. Desde entonces sigo por aquí y me quedo. Se vive más tranquilo.

Bueno, en primer lugar agradecerles la colaboración en relatos que le han enviado a Ricard, ya está todo puesto en los boletines del Libro. Ya que estaba, les preparé varios ficheros con diferente material para que se hagan una idea de como es el BBS y lo que tiene y por si les sirve y quieren publicar algo en Axxón. En ese caso no hay problemas y basta con que mencionen la fuente.

Paso a describir el material que envío:

[…lista…]

Esto es todo. Sólo queda felicitarlos por la excelente “faena” que están haciendo con Axxón. Y decir que toda colaboración que podamos llevar a cabo será magnífica. Estamos en contacto.

Un abrazo.

Buky Torres
Barcelona

AXXON:

El material que nos mandaste, que es muchísimo y excelente, si te interesa nuestra opinión, estuvo [aquí decía “estará”, pero dado que este número salió dos días después de la fiesta, lo corregí para que te enteres antes] en la fiesta de Axxón, y causó sensación entre los visitantes. No falta quien acaricia la idea de poner una sucursal aquí. Nuestras felicitaciones más

sinceras por el magnífico trabajo que has realizado.

Andorra 11 de Agosto 1990

Amigos de Axxón:

Llegaron sus 8 y 9, aún no tuve tiempo de leerlos, sólo de darles un vistazo. Pero se ponen en el BBS para distribución. Así como los cuentos para la EGT, cosa que les agradezco mucho pues así llenamos aún más si cabe la EGT. No recibieron nada de Bucky nuestro Sysop porque no se acordó de enviarles nada, y yo no me acordé de recordárselo, lo siento. Pero por otro lado no se preocupen, estamos para difundir la ciencia ficción y por tanto distribuir Axxón donde nos dejen. No tenemos intención de parar ni de abandonar y los discos llegan, o han llegado hasta el momento (9). Tanto es así que desde Tránsito se ofrecerán, así como de la Librería Gigamesh, otros BBS, etc. Voy a enviar un juego a Miguel Angel Martinez de Fandom (se los ofrecí en la Transcon y no me acordé de enviarlos). Les agradecería que pusieran una nota en sus próximos números con mi dirección para que me pidan directamente los números atrasados (aclarando que envíen los discos para copia antes), si recibís alguna solicitud más desde Europa, no dudéis en dirigirla a mi dirección, estaré encantado de atenderla (para eso estamos, y para eso me comprometí con vosotros, y demás me encanta hacerlo). Por carta aparte os envío más diskettes para que me vayáis copiando los nuevos números de Axxón y antes de que se acaben los 50 dólares que envié, haced un comentario para enviar más. Considero muy importante disponer de los Axxón con rapidez y así poder distribuirla entre los aficionados españoles.

De momento las actividades en torno a la convención española están paralizadas, primero por ser verano y en segundo lugar por la ConFiction. Salió un nuevo Fanzine dedicado a noticias de CF/F/T. Se llama BEM y participo en él como co-editor, os envío por carta separada los dos primeros ejemplares, pues al igual que vosotros es de periodicidad mensual. El primero en muchos años que sale cada mes, esperemos que tenga eco en los aficionados y la gente se suscriba. Allí podréis encontrar un montón de información sobre el estado de la afición y lo que ocurre en nuestro país. Dirige Pedro Jorge, que ya edita “no ficción”, un fanzine dedicado a artículos de entorno CF.

Parece que nuestras cartas tardan aproximadamente un mes, la cosa me sorprende bastante, pensaba que como mucho llegarían en 10 días. Si tenéis algún FAX a mano, dejadme el número, pues así puedo enviar comunicados muy rápidos. Y también un número de

teléfono. Pues aunque sea en tres minutos, os podré asegurar que existimos y seguimos con ganas. Esta carta la envío urgente y por avión, veremos cuanto tarda. No doy muchas noticias ya que tendréis en vuestras manos muy pronto los BEM de agosto y setiembre (salen la semana que viene), y de allí podéis extraer mucha información. Os agradecería una notas sobre él en Axxón. Bucky, el Sysop del Libro me ha comentado que intentará enviar material, que se despistó y no volvió a acordarse, esta vez estaré al tanto y pienso que pronto recibirán cosas nuestras.

Nos gustaría mucho intentar llamar cuando tengan su fiesta de Axxón, veremos si podemos hacer algo al respecto. Necesitamos saber a qué número llamar y a qué horas (de ustedes) tendrán en marcha el asunto, pues aunque sea unos segundos valdrá la pena, en todo caso espero que tengan algo de nuestro material para cargar y que la gente pueda ver cómo es el LIBRO DE ARENA. Intentaré mantener el contacto mensualmente, en todo caso BEM les informará de las actividades CF, no obstante les escribiré cartas personalizadas o si lo prefieren en forma de informe por si les apetece incluirlo en su Axxón.

Gracias por su carta, y sus discos, disculpen si alguno de nosotros no pudo hacer lo que debía. Esta semana salen en paquetes separados 1 (discos), 2 (BEM), así que pronto tendrán más noticias nuestras.

Ricard de la Casa
Apartado de Correos 1158
Principado de Andorra

AXXON:

Ricard: Tu carta, como siempre, nos llena de alegría, al ver que Axxón está tan lejos de su casa, y tan bien cuidada. Ya recibimos los discos del Libro de Arena, y van a estar en la Fiesta de Axxón, para que los puedan ver los que quieran.

¡Nos alegramos mucho de que hayas sacado tu propio Fanzine, junto con Pedro Jorge! Ahora las noticias españolas y europeas en Axxón saldrán de BEM, aunque igualmente seguiremos publicando las cartas que nos envíes con información, como siempre.

Realmente te agradecemos el trabajo que estás haciendo para difundir Axxón en Europa, no podríamos tener mejor representante.

Equipo

Axxón

- **Dirección:** Eduardo J. Carletti
- **Programación:** Fernando Bonsembiante
- **Colaboran:**
  - Carlos Chiarelli
  - Fernando Juliá
  - Rodolfo Contín
  - Fabián García



Encuéntrenos en:

- Axxón:
  - Sitio principal: http://axxon.com.ar
  - Facebook: https://www.facebook.com/axxon.cienciaficcion
  - Twitter: **@axxoncf**
- Axxón Móvil:
  - Descargas: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
  - Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
  - Facebook: https://www.facebook.com/AxxonMovil
  - Twitter: **@axxonmovil**

Versión ebook generada por **Marcelo Huerta San Martín**